1703

J. LOPEZ PINILLOS
(PARMENO) pseud.

CAPERUCITA Y EL LOBO

RENACIMIENTO
MADRID

4

A Arturo Serrano, con todo
el afecto que merece.

Carmen

CAPERUCITA Y EL LOBO

OBRAS DE J. LÓPEZ PINILLOS

(PARMENO)

NOVELA

La sangre de Cristo.
Doña Mesalina.
Las águilas.
Frente al mar.
Ojo por ojo...
Cintas Rojas.
El Luchador.

TEATRO

El vencedor de si mismo. (Drama.)
Hacia la dicha. (Comedia.)
El burro de carga. (Comedia.)
La casta. (Comedia.)
El pantano. (Drama.)
Nuestro enemigo. (Drama.)
La otra vida. (Drama.)
A tiro limpio. (Comedia.)
Los senderos del mal. (Comedia.)
Las alas. (Comedia.)
Esclavitud. (Drama.)
Caperucita y el lobo. (Comedia.)

PERIODISMO

Hombres, hombrecillos y animales.
Lo que confiesan los toreros.—Pesetas, palmadas, cogidas y palos.

EN PRENSA

Los favoritos de la multitud.—Cómo se conquista la notoriedad.

J. LÓPEZ PINILLOS
(PARMENO)

CAPERUCITA Y EL LOBO

Comedia en tres actos, estrenada en el TEATRO DE LA INFANTA ISABEL el día 19 de Abril de 1919.

COPYRIGHT BY J. LÓPEZ PINILLOS, 1919.

RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID
1919

Esta obra es propiedad de su autor.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction reservés pour tous les pays, y compris l Suède, la Norwège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imp. de Juan Pueyo, Luna, 29.—Teléf. 14-30.—Madrid

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Sofía Bernal (29 años).....	María Gámez.
Magdalena (50 años).....	Juana Manso.
Isabel (20 años).....	Carmen Cachet.
Eugenio Miranda (36 años).....	José García Aguilar.
Mariano Téllez (46 años).....	Rafael Ramírez.
Fermín Narbona (35 años).....	José Calle.
El barón de Bernal (64 años)....	Francisco Alarcón.
Samuel Dechado (60 años).....	Alfonso Tudela.
Pedro (28 años).....	Antonio Estévez.

669882

A DON JOSÉ VALLEJO

ACTO PRIMERO

Saloncito, decorado y amueblado con riqueza y buen gusto, en casa del barón de Bernal, en Madrid. Hay dos puertas: una, al fondo, que permite ver un coquetón gabinete, y otra, a la derecha, que comunica con las habitaciones de Sofía. Frente a ésta se abre un amplio balcón. En el ángulo de la derecha invita a los perezosos un diván de tan pulida superficie y tan blandos entresijos, que es una tácita acusación de molicie. En el de la izquierda reluce una vitrina con algunos objetos antiguos, recientemente fabricados tal vez. El sol, que entra por el balcón, dora una mesita llena de periódicos ilustrados y de libros.

SOFÍA, *recostada en el diván, lee con un lirismo un poquitín sospechoso.* MAGDALENA, *de espaldas al balcón, hojea una revista.*

La lectora, que viste con una elegancia muy personal, habla con dulzura y sonríe siempre. Por su aspecto, se la juzgaría una mujercita boba; mas en su palabra, en su gesto y en su modo de mirar hay algo que denuncia un carácter firme.

Magdalena es amable porque una señora de compañía ha de ser amable; pero su amabilidad

suele verse agriada frecuentemente por esa adustez que caracteriza a ciertas solteronas. Viste con una sencillez que, de puro sencilla, es afectada.

SOFÍA

Leyendo

"Ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
Saludar a los lirios con los versos de Mayo,
O perderse en el viento sobre el trueno del mar."

Lánguidamente. ¿No se conmueve usted, Magdalena?... ¡Saludar a los lirios con los versos de Mayo!... Porque hacen falta versos primaverales, con rocío, con perfumes y con romanzas de ruiseñor para saludar a una flor tan pura como el lirio. Yo, a veces, quisiera ser lirio. ¿Usted no, Magdalena?

MAGDALENA

Con forzada amabilidad.

No, si usted no se disgusta. Ya no tengo juventud.

SOFÍA

Pero, aunque no tenga juventud, se conmoverá con los versos.

MAGDALENA

Poco. *Sonriendo.* Y con los que lee usted, nada.

Saludar a un lirio... me parece una tontería, aunque se le salude con un verso de Mayo.

SOFÍA

Con indulgencia.

¡Válgame Dios, Magdal *Incorporándose.* ¿Quiere llamar?

Magdalena oprime el botón del timbre, y entra por el fondo ISABEL, *que es muy guapa y que está muy bien vestida.*

ISABEL

¿Qué desea la señorita?

SOFÍA

Que suba Eugenio. *A Magdalena, con una punta de malicia, cuando sale Isabel.* ¿Y tampoco le agradaría "perderse en el viento sobre el trueno del mar"?

MAGDALENA

Con una acritud que no consigue disimular del todo.

¿Cree usted que debe agradarme? Las señoras de compañía ¿somos como las gaviotas?

Entra por el fondo EUGENIO MIRANDA. *Es un hombre de perfil aquilino y de ojos francos y resueltos, que da una gran impresión de honra-*

dez, modestia y energía. Viste un traje verde obscuro de «chauffeur». La guerrera, entallada y con dos filas de botones, parece de militar.

SOFÍA

Riéndose, entre despreciativa y piadosa.

Magda, válgame Dios. *A Eugenio.* Le he llamado para decirle que hoy no saldremos en el coche pequeño.

EUGENIO

Es que el "auto" grande todavía no está arreglado.

SOFÍA

Pero el señor Téllez enviará el nuevo antes de una hora y lo voy a probar. Conduciré yo.

EUGENIO

Vivamente.

¿La señorita?

SOFÍA

La señorita.

EUGENIO

Indeciso

Yo... si me atreviese...

SOFÍA

Con mucha calma.

No se atreva usted, Eugenio.

EUGENIO

Pero es que la señorita...

SOFÍA

Eugenio, no se atreva.

EUGENIO

Queriendo ser valeroso.

¿Y mi responsabilidad, que es enorme? *Al ver un mohín desdeñoso de Sofía.* ¡No, no! Es enorme, y como es enorme, la señorita me perdonará; pero, después del último desavío...

SOFÍA

Dulcemente.

Es usted un pobre diablo, Eugenio.

EUGENIO

Con afabilidad.

Me gusta vivir.

SOFÍA

Desdeñosa.

¡Vivir como una liebre!... ¿No se avergüenza de ser tan medroso? Y usted ¿se ha jugado la vida para ganar miles de duros y ser un corredor de fama? ¿No tenía miedo entonces?

EUGENIO

Algo socarrón.

Ni ahora... mientras no empuña el volante la señorita.

SOFÍA

La señorita ¿es tan torpe?

EUGENIO

Peor. La señorita es demasiado valiente, y... lo repito, me gusta vivir.

SOFÍA

Con una lentitud que delata un principio de irritación, pero sin perder la dulzura.

¿Por qué no sirve a otra más cobarde?... Se debía usted despedir.

EUGENIO

Después de mirarla sorprendido.

Como mande la señorita. *Con humildad.* Esta noche me iré.

SOFÍA

¿Aunque yo no se lo consienta?

EUGENIO

Sonriente.

¡Por Dios! Haré lo que ordene la señorita. Bien sabe la señorita que tengo muy poca voluntad.

SOFÍA

Amansada.

Y menos corazón. ¡Cuando digo que es usted un pobre diablo!

EUGENIO

Lo que quiera la señorita.

Entra ISABEL *por la puerta del fondo.*

ISABEL

Don Mariano Téllez pregunta por el señor barón.

SOFÍA

¿Y por qué me lo dices á mí?

ISABEL

Como el señor barón ha dispuesto que cuando esté con don Fermín no le interrumpa nadie...

SOFÍA

¡Ah! ¿Todavía no se ha marchado?... Que pase aquí el señor Téllez.

Sale Isabel por la puerta del fondo.

EUGENIO

¿Tiene que mandarme algo más la señorita?

SOFÍA

No. Se puede usted retirar.

Al segundo de salir Eugenio, entra por el fondo MARIANO TÉLLEZ, *que es un hombrazo tan robusto como una encina, cuidadoso de su persona, pausado de modales y frío de expresión. Una flor que alegra su solapa indica que aún no ha prescindido de todas las fantasías que se complace en incubar con su fuego la juventud.*

TÉLLEZ

¿Tendré la desgracia de molestarla?

SOFÍA

Si la corrección y la simpatía pueden molestar...

TÉLLEZ

¿A que me lo creo y estallo de satisfacción? *A Magdalena.* Buenas tardes.

MAGDALENA

Buenas tardes.

SOFÍA

Aquí, aquí. Siéntese a mi lado, que no tardará papá. ¿Cómo es mi automóvil?

TÉLLEZ

De mis talleres no ha salido ninguno más perfecto, y me atrevería a afirmar que puede competir con los mejores que se fabrican en Inglaterra. Así es que confío en que no le disguste, aunque se parece demasiado á mí.

SOFÍA

Risueña.

Y semejante parecido ¿es un defecto?

TÉLLEZ

Y si no, una dificultad.

SOFÍA

¿Por qué causa?

TÉLLEZ

Porque, para que guste mi coche, hay que usarlo. Vale más por dentro que por fuera, como yo, y gana con el uso, como yo.

SOFÍA

¿De verdad? Usted ¿gana con el uso?

TÉLLEZ

O con el trato, que es lo mismo. Usted sabría, si me conociera tanto así, que por cada gramo de fantasía tengo una tonelada de razón.

SOFÍA

Fingiendo una candorosa curiosidad.

Y eso ¿es bueno?

TÉLLEZ

Sin alterarse.

¡Caramba, sí! Es bueno tener razón, porque la razón es la madre del orden, de la prudencia, de la actividad...

SOFÍA

Es cierto, amigo Téllez. No había caído.

EL BARÓN

Desde la puerta del fondo.

Entre, entre, Narbona.

Entran FERMÍN NARBONA *y el* BARÓN DE BERNAL. *Fermín, que viste con tanta elegancia como si no fuese escultor, sería más simpático—y lo es extraordinariamente—si no hubiera en sus ojos una temible ambigüedad. El Barón es un hermoso caballero, un poquito cojo, que tiene la modestia de un pavo y la perspicacia de un avestruz. Aunque posee diez o doce millones, su probidad es tan asustadiza, que por nada del mundo le consentiría robar una peseta. Y, sin robar, se acicala con tanto lujo como el bandido más petulante.*

TÉLLEZ

¿Qué tal, barón?

EL BARÓN

Dándole la mano.

Defendiéndonos.

Magdalena sale por el fondo.

NARBONA

A sus órdenes, respetable señor Téllez.

TÉLLEZ

A las suyas, venerable señor Narbona.

NARBONA

Risueño.

¿Le molesta que le diga respetable?... Conste que no se lo diría si no estuviese usted más fresco que un chiquillo.

TÉLLEZ

Con gracia.

¡Usted sí que está fresco!

NARBONA

¡Ah! ¿Sí?... Pues retirado el insulto. Ya no es usted respetable.

TÉLLEZ

No, no, amiguito. Si nosotros nos piropeamos. Usted me llama respetable aludiendo a mi opulencia carnal, y yo le llamo venerable aludiendo a su opulencia de meollo.

EL BARÓN

¡Que es enorme!

NARBONA

Barón, no me ponga en ridículo.

EL BARÓN

¿En ridículo? ¿No acaba usted de ejecutar una maravilla?

NARBONA

Riendo.

Pero usted no puede elogiar esa maravilla. Su opinión es recusable.

TÉLLEZ

¿Por qué?

EL BARÓN

Porque se trata del monumento. Como si yo no supiese darle al artista lo que es del artista, dejando a un lado la satisfacción personal.

TÉLLEZ

Pero ¿a qué monumento se refiere usted?

EL BARÓN

Al mío.

TÉLLEZ

¿Ha comprado usted un monumento?

EL BARÓN

Riéndose, pero con la risa del conejo.

No, hombre, no. Tiene gracia. No colecciono monumentos. Es que... me erigen uno.

TÉLLEZ

Estupefacto.

¡Ah!... No sabía... Perdone usted.

EL BARÓN

Como si estuviese contrariadísimo.

Pues sí. No he podido evitar que me lo erijan. Ycuidado que mi oposición ha sido terrible: "¡Señores, que no; que yo no tengo altura para que me levanten un monumento!... Verdad es que soy el diputado por Benalcázar, que tengo mis fincas en Benalcázar, que he hermoseado la ciudad y que le doy de comer a los campesinos, puesto que, como soy el amo de todo el término, si no trabajaran en mis posesiones, no comerían. Pero, en nuestro país, ¿no hay muchos hombres con los mismos títulos que yo?" Y nada, no me han hecho caso. Como son tan nobletones y tan entusiastas, y como, además, han podido ver mi obra maestra... Usted no la conoce, Téllez. La terminé en Octubre, y todavía la guardo en el pueblo.

TÉLLEZ

¿Y qué obra es?

EL BARÓN

El *Quijote*.

TÉLLEZ

Temiendo habérselas con un loco.

¿El *Quijote?* Pero *¿Don Quijote de la Mancha?*

NARBONA

Muy serio.

Sí, sí. El barón ha escrito el *Quijote*.

SOFÍA

Sin perder la dulzura.

Señor Narbona, cuidado con las gracias. Papá sabe muy bien que no es el autor del *Quijote*.

EL BARÓN

Molesto.

Pero sé, igualmente, que lo he escrito... y no ignoro el mérito de mi labor caligráfica. *A Téllez.* Ochenta caracteres de letra y cuarenta y cinco tomos, señor. ¿Sería mucho pedir por la obra cuarenta y cinco mil duros y exigir que se conservase en la Biblioteca Nacional?

TÉLLEZ

Con terror.

¡Cuarenta y cinco tomos!

EL BARÓN

¡Quince años dándole a la pluma! Ya, ya habrá muchos con estatua que no hayan escrito ni la

mitad. Pero me han premiado excesivamente, porque el monumento... ¡el monumento es asombroso! Yo, reproducido en mármol de Carrara, estoy sentado en un sillón de bronce; a mis pies hay unos pajarillos sobre los que alargo la diestra, como si les echara trigo, y, detrás de mí, una matrona medio desnuda, la Caridad, vuelca en un pilón el cuerno de la Abundancia. ¿Comprende la idea? El agua, que saldrá por el cuerno, simboliza mis beneficios.

TÉLLEZ

Asombrado.

¡Colosal!

EL BARÓN

Con la modestia del genio.

¡Y tan colosal! Como que es demasiado monumento para mí. ¡Demasiado, eal

SOFÍA

Riéndose.

Entonces, ¿por qué te lo eriges?

EL BARÓN

Desconcertado.

¿Que yo?...

SOFÍA

Te lo eriges tú, puesto que lo pagas tú.

EL BARÓN

Sulfurado.

¡Sofía!... ¿Sabes que eres una muchacha de una originalidad que abruma?... ¡Que lo pago yo! Pues ¿quién lo iba a pagar? ¡Pero me lo erige Benalcázar, por la sencilla razón de que el Ayuntamiento y las fuerzas vivas han acordado erigírmelo! Y eso es lo importante: el acuerdo, y no las viles monedas. ¡Abruma, hija mía, abruma tu originalidad!

SOFÍA

Acariciándole.

¡Vamos, no te enfurruñes, papaín! ¿No caes en la cuenta de que me fastidia el monumento porque te quiero mucho, mucho, mucho? ¿Para qué servirá tu estatua?... ¡Para que la manche con sus números el carnicero y para que los chicos la dejen sin nariz!

EL BARÓN

Cogiéndose la suya.

¡Qué atrocidades se te ocurren!

NARBONA

A Sofía.

Me inspira usted pavor. Si se pudiesen materializar ciertas ideas, ¡qué cabeza esculpiría inspirándome en la de usted!... De cada ojo brotaría un haz de rayos, y de la boca se escaparía una nube gris...

SOFÍA

Interrumpiéndole.

De nieve, que helaría todos los entusiasmos. Ya me lo ha dicho usted. Es bonituelo su repertorio; pero le da tantas representaciones...

NARBONA

¡Quia, señorita! ¡Su ratón, no! Si hoy me ha repartido el papel de ratón, no se va á divertir, porque me largo. Vaya, señores, hasta luego.

SOFÍA

Riéndose.

Pero, Narbona...

NARBONA

Hasta luego, que hay terremoto.

Sale por el fondo precipitadamente.

EL BARÓN

Severo.

¡Sofía, muy mal! Va enfadado.

SOFÍA

¡Ah! ¿Me toca á mí ahora hacer de ratón?... Pues me fugo también. Desahógate con el señor Téllez.

Sale, riendo, por la derecha.

TÉLLEZ

Embobado.

¡Prodigiosa!

EL BARÓN

Desarrugando el ceño.

¿Verdad?

TÉLLEZ

Gracia, ternura, bondad, ingenio... ¡Prodigiosa!

EL BARÓN

¿Qué daría usted porque fuera su hija?

TÉLLEZ

¿Mi hija? ¡Qué espanto, barón! Pero, afortunadamente, su padre es usted. Y me explicaré, si me lo permite, con la extensión y la claridad debidas.

EL BARÓN

Tenga la bondad de sentarse. *Se sientan.* Le escucho.

TÉLLEZ

Como soy amigo del orden, empezaré ordenadamente, por gusto y para que haya claridad.

EL BARÓN

Buen programa, Téllez. Es usted de los míos. Orden y claridad. Pendiente de sus labios estoy.

TÉLLEZ

Tengo, oficialmente, cuarenta años hace la friolera de seis, y no tengo ni amagos de la más liviana enfermedad; tengo cien mil duros de renta, y no tengo familia; tengo un apellido ilustre, puesto que soy pariente de los duques del Principado, y no tengo ninguna madamisela que, con derecho, pretenda unirlo al suyo. Es decir, que

soy un aristócrata sano, joven—oficialmente—, rico y libre. *Levantándose.* ¿Puedo esperar que me conceda la mano de Sofía?

EL BARÓN

¡Canástoles, amigo Téllez!

TÉLLEZ

Después de una pausa.

¿Le contraría mi petición?

EL BARÓN

Con efusiva presteza.

Me honra y me llena de júbilo. Pero como nada me ha advertido Sofía...

TÉLLEZ

Pues ella habrá notado seguramente mi inclinación, aunque, sin contar con usted, no he querido descubrir mi juego.

EL BARÓN

Con solemnidad.

Estimo esa delicadeza, e imitándole a usted, le voy a contestar con orden. Mi hija, que ha

cumplido veintisiete años hace dos, está sana, nunca se ha interesado por ningún hombre y heredará una renta que no es inferior a la de usted. Pero mi hija, ¿se puede considerar dentro de la aristocracia?

TÉLLEZ

Con disgusto.

¡Barón!

EL BARÓN

No, no me interrumpa, que ha llegado el momento de aquilatar y aquilato. Mi hija ¿se puede considerar dentro de la aristocracia? ¿Es noble?... Y respondo que lo es, porque si no lo fuese por su título—aunque ya tiene algunos años, y de la vejez nace la nobleza—, lo sería por sus inclinaciones y por su educación. Sofía, como la emperatriz más emperatriz, no sabe ponerse una horquilla, ni coger un perol, ni freir un huevo, ni dar una puntada...

TÉLLEZ

Maravillado.

¡Prodigiosa!

EL BARÓN

Imponiéndole silencio.

Mas, no obstante lo consignado, ¿es perfecta? ¿Se debe afirmar que es perfecta una criatura dotada de tan aristocráticas cualidades?... Estas cualidades, ¿no alarmarán á un hombre práctico?

TÉLLEZ

¡Qué han de alarmar! ¡Admiran! Lo que es como Sofía no tenga otros defectos... Y ahora lo que hay que averiguar es si los tengo yo para usted.

EL BARÓN

¿Vale la franqueza?... ¿No se enfadará si le declaro que, como casi todos los hombres, tiene usted el defectillo de... de no ser una chispita defectuoso?

TÉLLEZ

¿Que tengo el defectillo de no ser defectuoso?... ¡Me asombra usted, barón!

EL BARÓN

Riéndose con benevolencia.

Sí. El resultado de mis reflexiones suele asombrar. Pero medite unos segundos y respóndame.

Si hubiera tenido la desgracia de quedarse un poquitín cojo, esa desgracia ¿no habría sido la suerte de su mujer y la de usted? La fidelidad conyugal ¿no peligra menos cuando el marido es cojo?

TÉLLEZ

Peligra menos la fidelidad del cojo. Pero ¿y la de su compañera?

EL BARÓN

Después de reirse.

¡No, no! ¡En serio, caray! Un cojo es un marido casto; un cojo es un trabajador incansable; un cojo es un hombre sin vanidad... Yo a la cojera le debo mis modestísimos triunfos.

TÉLLEZ

Con socarronería.

Pues, la verdad, siento que el no ser cojo constituya un defecto para usted; pero ¡caramba! me alegro mucho de tener ese defecto y le pido á Dios que no me perfeccione con una imperfección. ¿Me disculpa?

EL BARÓN

Riéndose.

Y le comprendo, y le llamaré hijo con gran satisfacción, si le acepta Sofía. La voy a interrogar.

TÉLLEZ

Entonces, ¿hasta mañana?

EL BARÓN

Hasta mañana... hijo mío.

TÉLLEZ

Abrazándole.

¡Que Dios le oiga á usted... papá!

Sale con el Barón por la puerta del fondo. SOFÍA, *antes de que retorne su padre, entra por la derecha.*

SOFÍA

Papá, no me digas nada.

EL BARÓN

¿Pues?...

SOFÍA

Porque os he escuchado. *Atajándole.* No, no me riñas, que si es indecoroso escuchar lo que no importa, escuchar lo que importa es prudente.

EL BARÓN

Más admirado que irritado.

¿Sabes que eres una criatura todavía más original de lo que yo me figuraba?

SOFIA

Pues, ¿y tú, papá?

EL BARÓN

Queriendo enfadarse.

¿Qué falta de respeto es esa?

SOFÍA

Pero ¿te imaginas que me estoy burlando?... ¡Si te admiro, papá! ¡Si lo que has dicho de la cojera es tan admirable, que, para mí, mereces ya diez monumentos!

EL BARÓN

Severísimo.

¿Otra vez?

SOFÍA

Acariciándole.

¿Cómo voy a decirte que no me burlo, papaín? ¿Cómo voy a decirte que tu talento me entusiasma y que firmo todo lo que le has manifestado á Téllez?

EL BARÓN

Alegremente

¡Ah! Pero...

SOFÍA

Reconviniéndole.

¿Y lo dudabas, papá? *Con energía.* Me volveré loca por Téllez, y me casaré con Téllez, y seré la madre de los hijos de Téllez... en cuanto Téllez, complaciendo á mi papaín, se quede cojo.

EL BARÓN

Indignado.

¡Sofía!

SOFÍA

Yo quiero un marido casto, un trabajador incansable, un hombre sin vanidad...

EL BARÓN

Me estás preocupando, pequeña. Me estás preocupando... y tu maldita sátira acabará por sublevarme. ¡Te lo aseguro!

SOFÍA

Entenebreciendo el rostro.

¡Ah, muy bien! Yo empleo la sátira... como esos periodistas excomulgados que se ríen de las personas respetables. ¡Muy bien!

EL BARÓN

Recogiendo velas.

Yo no he nombrado a esos periodistas.

SOFÍA

Huraña y melancólica.

Papá, no te disculpes.

EL BARÓN

Yo me he limitado a recomendarte... Pero, ¡si ni siquiera te he podido recomendar a Téllez!

SOFÍA

Como una mártir.

¡Luego me lo ibas a recomendar!

EL BARÓN

¿Y qué? ¿No es un caballero perfecto?

SOFÍA

Y joven... oficialmente.

EL BARÓN

Pero ¿negarás que es millonario, que es ilustre y que es buenísimo?... No te rías. ¡Buenísimo! ¡Un pedazo de pan!

SOFÍA

Riéndose.

Pues que se lo den a una pobre. *Con mimo.* Ea, y no hablemos más. Escríbele al señor Téllez pidiéndole perdón en mi nombre y diciéndole que no me puedo casar con él.

EL BARÓN

¿Por qué no te puedes casar con él?

SOFÍA

Pues porque no le quiero. Y basta ya. Estoy nerviosa. Me expondría a mortificarte maltratando a tu amigo... Y para mí la obligación más sagrada es no mortificar a mi papaíto de mi corazón.

EL BARÓN

Derrotado.

¡Más original, mucho más original de lo que yo me figuraba!

Sale por la puerta del fondo, al entrar MAGDALENA. *Sofía oprime el botón del timbre.*

SOFÍA

Siéntese, Magda. *Con cierta agitación.* Celebro que haya entrado, porque va a reirse. Digo, usted no se reirá. *A* ISABEL, *que entra por el fondo.* Que vuelva a subir Eugenio.

Sale Isabel.

MAGDALENA

Con una sonrisa perfectamente falsa.

¿En qué quedamos? ¿Me reiré o no me reiré?

SOFÍA

No, no se reirá; pero es posible que se asombre. *Riendo nerviosamente.* Prepárese, Magdalena. *Entra* EUGENIO *por el fondo.* Venga aquí, Eugenio, y abra bien los ojos y afine los oídos. El señor Téllez acaba de pedir mi mano. No se asombre mucho todavía, Magdalena. *Después de una pausa.* Eugenio, acaba de pedir mi mano el señor Téllez.

EUGENIO

Desconcertado, después de mirar a Magdalena, que les contempla estupefacta.

No sé por qué me dice la señorita... Pero, en fin, yo felicito humildemente a la señorita.

SOFÍA

¡Ah! ¿Me felicita usted?

EUGENIO

Sudando de angustia.

Nadie negará que don Mariano Téllez se ha puesto a la cabeza de nuestros fabricantes de automóviles.

SOFÍA

¿Y es preciso querer a los fabricantes de automóviles porque son fabricantes de automóviles?... No lo sabía. *Con mucha miel.* Es usted tonto, Eugenio.

EUGENIO

Aturrullado.

Le he querido decir que el señor Téllez, que es un caballero muy caballero...

SOFÍA

Atajándole.

No sea usted tonto. Se lo suplico. El señor Téllez será muy caballero; pero yo, ¿qué sería si me casara con él? *A Magdalena, que escucha con una avidez malvada.* Ya puede ir asombrándose a su gusto. *A Eugenio.* ¿Qué sería yo?

EUGENIO

Reponiéndose.

No entiendo a la señorita.

SOFÍA

Con dureza.

¡Vamos, prescinda de habilidades que no le sientan bien y conteste!

EUGENIO

Con humildad

Répito que no entiendo a la señorita. Así es que, muy agradecido a la confianza con que me ha honrado, si me lo permite, me retiraré.

SOFÍA

Alzando la voz.

¡Quédate! *Magdalena se levanta, pasmada.* ¡No eres un pobre diablo únicamente! ¡Eres también un hombre sin pundonor!

EUGENIO

Aterrado.

Señorita, permítame que me retire... ¡Se lo ruego!

MAGDALENA

Escandalizada.

¡Sí, sí! ¡Retírese usted!

SOFÍA

Furiosa.

¡Quédate!

MAGDALENA

Con dignidad.

Entonces... ¡soy yo la que se retira!

Sale rápidamente por la puerta del fondo.

EUGENIO

Dejándose caer, abrumado, en el diván.

¡Se acabó! ¡El naufragio! ¡La catástrofe!

SOFÍA

Ya era hora. ¿Qué te habías figurado, hijito?... ¡Y ojalá fuese una catástrofe de verdad, que es lo que merecías, cobardón!

EUGENIO

Avanzando hacia ella, desesperado.

Los que tenemos sentido común, ¿somos cobardes?

SOFÍA

Pero tú ¡qué has de tener sentido común! ¡Miedo es lo que tú tienes!

EUGENIO

Asustado e iracundo.

¡No grites! Una señora no debe escandalizar. ¡Es indigno!

SOFÍA

Exaltada.

Lo indigno de una mujer como yo es contestar hipócritamente, y así le he contestado á mi padre. Y ni él lo merece, ni mi lealtad lo tolera. Pero, como yo odio el engaño, le he mentido para reservarte el honor de que le confieses la verdad.

EUGENIO

Horrorizado.

¡Yo!... ¿Hacerle yo ciertas confesiones al caballero a quien sirvo, para que me tomase por un granuja que se quiere enriquecer?... ¡Me mataría primero, hermosa! Y no aguanto más. Resuelve tú el asunto, porque, si no lo resuelves, emigro.

Sale por el fondo, y en el gabinete se encuentra al BARÓN.

EL BARÓN

Con sequedad.

Quédese en el vestíbulo, que deseo hablarle.

EUGENIO

Bien, señor barón.

Saluda inclinando la cabeza y se marcha.

SOFÍA

Siguiendo un plan de ataque trazado con genialísima rapidez.

¡Ay, papá! ¡Ay, papá! ¡Ay, papá de mi alma, cómo te agradezco que hayas venido!

EL BARÓN

Un poco desconcertado, porque le acometen cuando se proponía acometer.

Acabo de despedir a Magda por calumniadora. Tú dirás si es una calumniadora.

SOFÍA

Abrazándole, llena de reconocimiento, mas sin contestar.

¡Ay, papaíto!... ¡Abrázame, papaíto mío!

EL BARÓN

Manteniendo la severidad con formidable bizarría.

¿Es una calumniadora?

SOFÍA

Rompiendo a llorar.

¡Ay, qué disgusto!... ¡Ay, qué horrible disgusto, papaíto de mi corazón! *Con una pena conmovedora.* ¡Qué habrán inventado a costa mía para martirizar a mi pobrecito papaín!

EL BARÓN

Indeciso.

De modo que esa bruja...

SOFÍA

Interrumpiéndole.

¡Eso es: una bruja, una infame bruja, papá!... ¡Cómo la has conocido! ¡Y yo, inocente—porque tienes razón cuando afirmas que no soy más que una inocente—confiándome a ella!... *Apelando otra vez a la artillería de las lágrimas.* ¡También me conoces a mí, papá! ¡Soy una inocente! ¡Tu hijita no es más que una inocente!

EL BARÓN

Medio tranquilizado.

Es decir, que...

SOFÍA

¡Que es una vileza pagar mi confianza como la ha pagado! Y que salir de aquí para denunciarme de la manera que ha salido... *Con amargura.* Pero, tú ¿sabes cómo ha salido? Hablándome con desprecio, fusilándome con los ojos... ¡Si no te lo puedes imaginar! Por lo visto, esa infame mujer se figuraba que tú ibas a pensar como ella. *Increpando a Magda lo mismo que si la pudiese oir.* ¡Utu, bicharraco, hipocritona, bruja! ¡Bien se ve que usted hubiera sacrificado a sus hijos! Pero, ¡sacrificarlos mi padre de mi corazón!... ¿Verdad que tú no sacrificarías a tu hijita?... ¡Qué había de consentir mi papá que yo fuese desgraciada!... Y yo, si no me consintiesen elegir al hombre que será mi compañero, me moriría.

EL BARÓN

Presintiendo la catástrofe.

Luego Magda...

SOFÍA

Menudeando los golpes para que no respire.

¡Me moriría! Tú, que adivinas mis pensamientos, porque eres el papá más inteligente del mundo, lo sabes mejor que yo. ¡Me moriría o me ma-

taría! ¡Me mataría, papaín! Si no de un tiro, porque me asusto de los tiros, envenenándome.

EL BARÓN

Desmoralizado en el fondo, aunque aparenta una gran tranquilidad.

En resumen: ¿qué hay de cierto en lo que me ha dicho Magdalena?

SOFÍA

¡Y qué sé yo lo que te ha dicho ese monstruo!... Pero tú no has de creer a nadie más que a tu hija. ¡A tu hijita, que adora a su papaín!

EL BARÓN

¿Y hablará de una vez mi hijita? ¿Responderá claramente a mis preguntas?

SOFÍA

Con un candor tan bien imitado, que se confundiría con el verdadero candor.

¿Más claramente? ¿No te lo he confesado ya todo? *Con mucha dulzura.* ¿Cómo voy a hacerte comprender que me mataría si no me casara con Eugenio?

EL BARÓN

Como si hubiera recibido un golpe en el cráneo.

¡Jesús!

SOFÍA

Agrediéndole para que no se reponga.

¿Qué es eso, papá?... No, así no es justo que recibas la noticia. ¿Es que tú, todo perspicacia, no has sospechado que yo quería a Eugenio?

EL BARÓN

Colérico.

¡Yo... iba a sospechar semejante insensatez! ¡Y, sospechándola, iba!...

SOFÍA

Rechazando el ataque con una descarga de sollozos.

¡Bien, ríñeme! ¡Lo que falta es que me riñas ahora porque he comprendido que lo habías sospechado!... Cuando con un cabello se me ahogaría, cuando acudo a ti para que me consueles ya que no tengo madre... ¡me riñes! Lo mejor sería que me muriera. Me debía haber muerto al morir mi madre. Mi madre, que, siendo millona-

ria, no se casó con un millonario, sino con un hombre de corazón como tú.

EL BARÓN

Ablandándose, puesto que accede a discutir.

¡Pero yo no era criado de tu madre!

SOFÍA

Como si la ahogase el dolor.

¡Oh, papá! ¡No quisiera haber oído esas palabras! ¡Eugenio un criado! ¡Llamarle criado a un héroe que ha conseguido ganar dos grandes premios, jugándose la vida! ¡No lo esperaba de ti!

EL BARÓN

Irónico.

Esperarías que te felicitase.

SOFÍA

Justo. Que me felicitaras, orgulloso de que hubiese heredado tu generosidad. Y tú me censuras y maltratas al hombre que ha de ser mi marido.

EL BARÓN

¿Tu marido? Despacio, hijita.

SOFÍA

Enérgicamente.

¡Mi marido! Pero, ¿no te das cuenta? *Diciendo con el rostro más que con la palabra.* Tiene que ser mi marido. Es indispensable que sea mi marido.

EL BARÓN

Comprendiendo.

¡Madre de Dios Santísima!

SOFÍA

Cariñosa.

Y como es indispensable, lo será, porque con mi papaín no se juega.

EL BARÓN

Aplastado.

Vete, Sofía.

SOFÍA

¡Pues júrame que lo será! ¡Júrame que no has de consentir que me abandone!

EL BARÓN

Llevándose las manos a la cabeza.

¡Un "chauffeur", un miserable "chauffeur"... abandonar a una millonaria! *Tocando el timbre.* ¡Madre Santísima de Dios! ¡Vete, vete, Sofía! *A* ISABEL, *que entra por el fondo.* Que venga Eugenio. *Sale Isabel por donde entró.* ¡Vete, Sofía!

SOFÍA

Llorando.

¡Sí, me debía haber muerto, me debía haber muerto!

Sale por la derecha.

EL BARÓN

Apretando los puños.

¡Madre Santísima de Dios! ¡Un "chauffeur" miserable!

Entra EUGENIO *por el fondo.*

EUGENIO

¿Me ha llamado el señor barón?

EL BARÓN

Después de una pausa.

Eugenio, ya no es usted mi "chauffeur". Es us-

ted un hombre inferior a mí, desde luego; pero no es mi "chauffeur". Por tanto, siéntese.

EUGENIO

Negándose con modestia.

¿Delante del señor barón?

EL BARÓN

¡Lástima de respeto! Así me ha engañado usted. ¿Quién iba a sospechar que un dependiente tan dependiente, tan mirado, tan sumiso, fuera un...? *Conteniendo la cólera.* Pero tampoco estoy yo libre de culpa. Si no hubiese tolerado que saliera sola mi hija con un hombre corrido, sin escrúpulos...

EUGENIO

Con dignidad.

No, no. Perdóneme. Si yo fuese un hombre corrido, un hombre de recursos, de experiencia, ¿habría pasado lo que lamento más que usted?

EL BARÓN

Temblando de ira.

¿Habráse visto mayor audacia? ¡Usted, el cri-

minal, lamenta lo ocurrido más que yo, que soy la víctima!

EUGENIO

Con sinceridad.

¡Naturalmente! ¡Como que soy un infeliz y no un criminal!... *Con angustia.* Y ahora ¿qué hago?

EL BARÓN

Pasando de la furia al asombro.

Pero ¿sostendrá usted que no aspiraba a casarse con mi hija?

EUGENIO

Impacientándose.

¡Pues no faltaba más! ¡No soy tan idiota! Y me duele que el señor barón, amigo de la imparcialidad, me acuse con tanta injusticia. El señor barón sabe que he reunido una renta de tres mil pesetas y que con esa renta viven en Benalcázar mi madre y mis hermanos. Para que toda la disfruten ellos, y no para buscar un dote, entré aquí.

EL BARÓN

Pero, después de entrar...

EUGENIO

Después, mi suerte ha sido tan tremenda que ya, mientras viva, no podré ser feliz. Pero, en fin, eso no importa. Lo que importa es arreglar lo que le martiriza a usted, y se arreglará porque, menos la muerte, todo tiene remedio.

EL BARÓN

¿Y qué remedio se le ocurre?

EUGENIO

El más sencillo: emigrar. En casos como éste, lo peligroso es el conquistador, el "vivo"... Luego conque yo, que no soy "vivo", desaparezca...

EL BARÓN

Apasionadamente.

Y con que usted desaparezca ¿no habrá pasado nada? ¿Es que se ventila su interés únicamente?... ¡Es usted un imbécil o un bandido!

EUGENIO

Con moderación.

Yo le agradecería al señor barón que me tratara con más bondad.

EL BARÓN

¡Es usted un bandido o un imbécil!

EUGENIO

Con humildad.

Si se empeña en maltratarme el señor barón, no me llame más que imbécil, ya que, aunque no lo sea, lo parezco.

EL BARÓN

Levantando el bastón.

¿Qué insinúa usted?

EUGENIO

Con gravedad.

Señor barón, merezco no sólo sus insultos, sino sus golpes; pero, si aguanto los insultos, temo no poder aguantar los golpes. Se lo advierto respetuosamente.

EL BARÓN

¡Y yo le advierto con toda energía, los aguante o no, que no le consentiré discutir! Se irá usted si estimo conveniente que se vaya. Y se casará usted si creo necesario que se case. ¡Y sin discusión!

EUGENIO

Alborotado.

¡Si ya esperaba yo que mi debilidad tuviese consecuencias funestísimas!... ¡Pero, señor barón, no las agrave! ¿No es absurdo que una señorita archimillonaria se case conmigo? ¡Por Dios, señor barón, que soy un "chauffeur", un criado!...

EL BARÓN

Levantando el bastón nuevamente, fuera de sí.

¿Y un indecente criado rechaza a mi hija?

EUGENIO

Retrocediendo, demudado.

Si el señor barón me apaleara, no me sabría contener. No me amenace y déjeme salir para que mis malditos nervios entren en caja.

EL BARÓN

¡No saldrá usted!

EUGENIO

Como el señor barón no lo impida empleando la fuerza...

Entra por la derecha SOFÍA, *y Eugenio, que la ve, se detiene.*

SOFÍA

Con dulzura.

Eugenio, pídale perdón a mi padre.

EUGENIO

Sin ocultar su emoción.

No le he ofendido. Por nada del mundo le hubiese ofendido.

SOFÍA

Es igual. Pídale perdón.

EUGENIO

Como un cordero.

Señor barón, aunque ni he soñado en ofenderle, perdóneme usted.

SOFÍA

Y añada, para terminar, que, prescindiendo de su soberbia, hará el sacrificio de casarse conmigo.

EUGENIO

Con la voz trémula.

Señor barón, puesto que su hija lo desea, nos casaremos, si lo permite usted. *Gravemente.* Suya es la responsabilidad, Sofía.

SOFÍA

Con burlona piedad.

Eugenio... ¡es usted un pobre diablo!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En el mismo saloncito. Hay algunos muebles nuevos. Es de noche.

FERMÍN NARBONA, *retrepado en una butaca, con los faldones del frac cuidadosamente recogidos para que no se le arruguen, fuma con la perezosa tranquilidad de un prior. Al entrar* ISABEL *por la derecha se incorpora de golpe, fingiendo una ansiedad que enternece a la doncellita.*

ISABEL

Ya viene.

NARBONA

Levantándose.

¡Gracias a Dios!

ISABEL

Mirándole con simpatía.

Pero ¡si no ha sido nada!

Sale por el fondo y, entonces, el escultor, que recobra su gesto de indiferente serenidad, se despeina, se humedece los párpados con la punta de su pañuelo mojada en saliva, y al aparecer SOFÍA, *por la derecha, descompone el rostro con la agilidad de un buen actor y se aproxima a ella terriblemente emocionado. Sofía luce un traje elegantísimo, escotado con temeridad, y unas alhajas soberbias.*

NARBONA

¡Sofía!... ¡Sofía!... ¡Dígame que está completamente bien!

SOFÍA

Con benevolencia.

¡Pero, Narbona, por Dios!

NARBONA

¡Pues dígame que está bien!

SOFÍA

Vamos, vamos... ¿No me ve preparada para ir al Real?... Y no se ponga así. No sea niño.

NARBONA

Apasionadamente.

¿Qué quiere usted? ¿Que me ría?... Sabiendo que se ha podido matar ¿quiere que le hable con calma?

SOFÍA

Con una severidad bastante dulce.

Sí. Deseo que me hable con calma. Se lo exijo. Y quítese de la frente esas greñas y límpiese usted esos ojos.

NARBONA

Como si se avergonzara.

Perdone usted. Me he portado como una criatura.

SOFÍA

Casi contagiada por la emoción del farsante.

En todo y por todo. Y las imprudencias son peligrosas.

NARBONA

Es verdad. Perdón. Pero repítame que no se ha hecho daño, que está completamente bien.

SOFÍA

Estoy bien, completamente bien. No podrá decir lo mismo el pobre Téllez, que sufrió un golpe tremendo.

NARBONA

Exaltándose.

Pero ¡si es horroroso! Llevar a su mujer en el automóvil, y, por una distracción o por una torpeza, volcar!... ¡Y volcar un hombre como Eugenio, que, si para algo sirve, es para "chauffeur"! *Como si no se pudiera reprimir.* ¡Merecía que le apaleasen, que le prendieran, que le ahorcaran!

SOFÍA

Sonriéndose.

Y usted, después de acusarle como fiscal, y de condenarle como magistrado, ¿le ahorcaría como verdugo?

NARBONA

Sentimental.

¿Por qué me maltrata, Sofía? ¿La molesto alguna vez? ¿Se puede ser más desinteresado, más humilde que yo?... Soy como un sapito que, en la profundidad de su pozo, se enamorase de la

luna. "¡Si bajara! ¡Qué linda es!" Y es más linda porque nunca bajará. Pero, en el fondo obscuro de mi pozo, me indigno con los que no la estiman a usted en lo que vale, por falta de corazón o de inteligencia.

SOFÍA

Burlona.

Eugenio, por lo listo, no asombrará; pero tiene corazón.

NARBONA

Y la expone a morir... ¡debiéndoselo todo!

SOFÍA

Alto, que todo no me lo debe. Un poquito le debo yo.

NARBONA

Indignado.

¡Usted!

SOFÍA

Yo, yo. Algo necesitaría yo de Eugenio... cuando le elegí para que se casara conmigo.

NARBONA

¿Y no se arrepentirá de su elección? Una mujer de entendimiento ¿puede ser feliz junto a un insensato que no la comprende, que desaprueba sus acciones, que hasta la corregiría si se atreviera?

SOFÍA

Riendo.

¡Oh, y se atreverá, se atreverá! Cuando se enfada ¡le brotan unas lucecitas en los ojos!... Yo creo que se contiene para no romperme un bastón en la cabeza. Tal vez se figure que así lo arreglaría todo.

NARBONA

¿Y por serle fiel a tan delicado sujeto renuncia a la felicidad? ¡Bonito sacrificio!

SOFÍA

Pero ¿dónde está la felicidad? *Irónica.* ¿La tiene usted?

NARBONA

Si la felicidad se labra con la adhesión ciega, con el respeto religioso, con el cariño sin límites, la tengo yo.

SOFÍA

Después de mirar largamente al escultor.

Sería gracioso que me hubiera equivocado al juzgarle. Con sinceridad, Narbona: sus intenciones ¿no son las de un caimán que estuviese acechando a un niño?

NARBONA

Con abatimiento.

Si dijera usted que yo soy el niño acechado por el caimán... El caimán es mi mala suerte, Sofía.

Entran por la puerta del fondo EUGENIO *y* EL BARÓN. *Eugenio viste de americana y el Barón de frac.*

EL BARÓN

Saludando a Narbona alegremente.

¡Hola, señor alfarero!

NARBONA

Enhorabuena por haber escapado con vida, barón. *A Eugenio, que se ríe.* ¡La cosa no es para que te rías, caramba! Me has podido dejar sin modelo, y si me dejas sin modelo... ¡te mato!

EUGENIO

Riéndole la gracia.

¿Tanto esperas progresar copiando a Sofía?

NARBONA

Como que espero conseguir una primera medalla. Pero ¡se me ha ocurrido una idea tan hermosa!... Es un poema en mármol: "Caperucita y el lobo".

EL BARÓN

¿"Caperucita encarnada", la del cuento?... ¡Hombre, está bien! Siempre me ha hecho reir eso de que el lobo se ponga la cofia de la abuela para comerse a la niña.

NARBONA

Pero es que, en mi obra, el lobo no es un lobo: es el amor. El amor, que, disfrazado con una piel de lobo, se ríe de Caperucita, la cual, arrodillada, le ruega que no la devore.

PEDRO *entra por el fondo. Estudiando su cara, se afirmaría que no es más que un bruto; pero se engañaría el que formulase la afirmación, porque Pedro es tonto, además. Viste un traje gris de «chauffeur». El Barón, que, sonrién-*

dose, iba a felicitar a Narbona, mira sorprendido a Pedro.

PEDRO

¿Permiten los señores?

EL BARÓN

¿Qué ocurre?

PEDRO

Con firmeza.

Ocurre, señor barón, que vengo a despedirme.

EUGENIO

Malhumorado.

¿No le prometí que hablaríamos después?

PEDRO

Con un respeto que no oculta del todo su acritud.

Disimule el señor; pero como se me ha ordenado que prepare el coche pequeño, y yo no sigo en la casa...

EUGENIO

¿A pesar de mis explicaciones?... Testarudo es usted, Pedro.

PEDRO

"Dignidaz" mía. Dije no, y tiene que ser no.

EUGENIO

¿Tan mal le ha ido junto á mí?

PEDRO

El señor, como amo, es el amo ideal; pero hoy he debido matarme... ¡y ya es la segunda vez que esto pasa dirigiendo el señor!

EUGENIO

Con afabilidad.

Es usted muy duro con un antiguo compañero que ha olvidado un poco el oficio. *Sonriéndose.* Pero... me enmendaré.

PEDRO

Sospechando que Eugenio se burla.

¡A mí no me la da el señor! El señor ha sido un as del volante. El señor sigue siendo un as del

volante. El señor vuelca... porque se le antoja volcar.

Sofía, Fermín y el Barón se miran estupefactos.

EUGENIO

Amenazándole fríamente.

Cuidado. Vaya con cuidado, porque las insolencias me ponen nervioso.

PEDRO

Sin amedrentarse.

Y a mí los vuelcos, y el que me nieguen lo que digo, cuando es "verdá" lo que digo.

EL BARÓN

¿De manera que quiso volcar?

PEDRO

Yo vi con estos ojos que metía en la cuneta el "auto".

EUGENIO

Acremente, aunque sin alzar la voz.

Váyase, Pedro. No quiero molestarme en discutir con usted.

PEDRO

Ni yo quiero que se moleste. *Desde la puerta.* Es "dignidaz" mía.

Sale por el fondo.

EL BARÓN

Con gravedad, después de una pausa.

Eugenio, si ese hombre no ha mentido—y temo que no haya mentido—, tu conducta es abominable.

EUGENIO

Irritado e irónico.

¿Abominable? ¡Lo abominable es lo otro! ¡Lo abominable es hacerse el romántico y el conquistador en las barbas de un marido!... ¿Cree usted que oyendo majaderías se puede uno portar como Dios manda?... ¡Que suprima los piropos el señor Téllez! Dígaselo. Y dígale también que enjaule ese pajarito que siempre saca a relucir para soltar sus galanterías—la alondra de "Sesper" o de "Sispir"—, si no tiene empeño en tragárselo crudo. *Sofía se echa a reir.* ¡Y luego la risa, esa risa de mi mujer!

SOFÍA

Desdeñosa.

¿Y puedo yo remediar que me haga reir lo gracioso?

EUGENIO

¡Pues yo tampoco puedo remediar que se me crispen los nervios con tu risa, y que se me vaya la mano y que el coche vuelque!

EL BARÓN

¡Qué brutalidad!... De modo que, por celos, ¡has pretendido matarnos!... ¿Qué le parece, Fermín? ¿No es un caso de barbarie parecido al de ese Otelo de la ópera? *Al «criminal»*. ¡Pues no lo consentiré! ¡Un negrito salvaje como Otelo—que hoy, en vez de ser general, sería limpiabotas—puede ser celoso; un caballero, no! Entérate, y no vuelvas a ofender a mi hija.

SOFÍA

Con altivez.

¡Pero si no me ofende, papá! ¡Qué ha de ofendermel... Y no te irrites. Ya es la hora de que tomes tu "vermouth", y debías invitar a Narbona...

NARBONA

Que aceptará con mucho gusto.

EL BARÓN

Sí, hija mía, sí. Comprendido. *A Narbona.* Vamos.

Salen por el fondo.

SOFÍA

Enérgica.

Esto no continuará. ¿Es decoroso exhibir los celos delante de la gente?

EUGENIO

Fermín es como hermano mío. Delante de otro, me callaría.

SOFÍA

Pero te callarías sintiendo celos, y sentirlos es vil.

EUGENIO

Con irónica resignación.

Entonces yo debo ser un hombre bastante vil.

SOFÍA

¡Pero yo soy una mujer digna, y no toleraré tus sospechas!

EUGENIO

Si no sospecho. Veo. Veo que Téllez se derrite junto a ti; veo que tú le invitas a oir música, a pasear, a comer; veo que te besa la mano, como si él fuese una beata y tú un obispo...

SOFÍA

Interrumpiéndole.

¿No te gustaría hacer gimnasia con el cerebro, para que se te desarrollara una chispita la listeza?... Porque me dan unas ganas de reir oyéndote...

EUGENIO

Con menos agresividad que dolor.

Sí. Tú te ríes de todo lo que digo y de todo lo que hago desde que se acabó nuestra luna de miel. ¡Seis meses de luna de miel y año y medio de luna, de sol y de estrellas de hiel!... ¿Para qué me obligaste a casarme, si yo, asustado porque presentía lo que iba a suceder, no lo pretendí?

SOFÍA

Después de callar unos segundos.

Bueno, ciertas cualidades tuyas me encantan. ¡Tienes una delicadeza!...

EUGENIO

Con energía.

Superior a tu delicadeza, porque, siendo tu payaso más que tu marido, me limito a quejarme. Pero es posible que se agote mi resignación.

SOFÍA

Desafiándole.

¿Qué quieres decir? ¿Que, cansado de mi compañía, deseas declararte independiente?... Reflexiona antes de contestar, porque si decides marcharte, no te sujetaré.

EUGENIO

Rebelándose de súbito.

¿Marcharme yo? ¿Dejarte libre? ¿Es eso lo que buscas?...

SOFÍA

¡Qué suposición más ruin!

EUGENIO

Levantando la voz apasionadamente.

¡Sí, eso es lo que buscas, pero no lo conseguirás! ¡Estaré a tu lado porque te quiero, y te vigilaré, porque te quiero, y, porque te quiero, quizás te mate algún día!

NARBONA

Desde la puerta del fondo.

¡Eugenio! *Avanzando hacia él.* Se te oye en toda la casa.

SOFÍA

No tan furiosa como desearía estar.

¡Así acabarán de conocerle!

Sale por el fondo.

EUGENIO

¡Sí, me van a conocer!

NARBONA

Reconviniéndole con cariño.

Pero, chico, Eugenio...

EUGENIO

¡No puedo más, Fermín! ¡Llevo muchos meses almacenando bilis, y si no me desahogo, reviento! ¡Y me desahogaré!

NARBONA

Bajo, chico. No grites. Ya rugirás cuando te sobre la razón. Después de lo que has hecho hoy... *Adulándole.* ¡Qué barbaro!

EUGENIO

Tú ¿no hubieras hecho lo mismo?

NARBONA

Riéndose.

Porque yo soy otro bárbaro. Pero a mí no me duelen prendas, y hubiese rectificado al serenarme y habría pedido perdón. Pide perdón.

EUGENIO

Violentamente.

Como un criado, ¿eh? Para que yo continúe siendo el insecto y ella la diosa... ¡Si no la adorase como la adoro, la cogería y!...

NARBONA

Por mal camino vas. Reacciona, Eugenio. Piensa que, para conseguir mimos, no es lo más indicado una conducta atroz.

EUGENIO

¡Ah! Mi conducta ¿es atroz? ¿Y la de Téllez? ¿Cómo es la conducta de ese feo cabezudo? ¿Tendrás la bondad de decírmelo?

NARBONA

Cachazudamente.

Si te exaltas, no. Si no te exaltas, te diré que su conducta es correcta, y añadiré que la caballerosidad de Téllez no admite discusión.

EUGENIO

Engolado.

¡Será para ti!

NARBONA

Con afectuosa indulgencia.

¡Claro! Por eso lo afirmo. ¿Es que voy a mentir para adularte? ¿Sería eso leal?... Y yo no dejo de ser leal, porque la lealtad es mi única riqueza.

EUGENIO

Avergonzado.

Perdona, Fermín. Te he replicado en mal tono y me arrepiento; pero me ha dolido que te equivoques. Téllez... quiere a Sofía.

NARBONA

Sencillamente.

¿Y lo niego yo? *Como si no se percatara del asombro de Eugenio.* Yo me he conformado con decir que su conducta es correcta y que su caballerosidad no admite discusión.

EUGENIO

¿Es un caballero el que enamora a la mujer de un amigo?

NARBONA

El que enamora a la mujer, no. El que se enamora de la mujer, sí.

EUGENIO

¡Sí, mientras no pretenda conseguirla!

NARBONA

¿Y lo pretenderá Téllez? Téllez, viendo y oyendo a Sofía, padecerá todo lo que buenamente pueda padecer, y un día, agotado, acudirá a ti: "Amigo mío, he tenido la desdicha de enamorarme de su compañera, y no volveré a pisar esta casa, porque, antes que ofenderle ni con el pensamiento, me pegaría un tiro." Y te ofrecerá la mano tímidamente, y le abrazarás lleno de emoción y se irá de Madrid. Yo haría eso.

EUGENIO

Conmovido.

¡Ay, si todos fueran como tú! Los que llevan la verdad en la boca y el corazón en la mano son tan pocos, que yo no he tenido la suerte de tratar más que a uno. A ti.

NARBONA

Riéndose.

Chico, ¿adulador también?

EUGENIO

Con enérgica fe.

¡A ti!

NARBONA

¿A que me pongo colorado?... ¡Ea, a vestirse!

EUGENIO

Sí, porque si viene Téllez... y no ocurre nada, iré al Real.

NARBONA

¿Si no ocurre nada? *Amenazándole cómicamente.* ¡Eugenio, no hagas oposiciones a una camisa de fuerza!

EUGENIO

Si no vendrá. Fué muy gordo el trastazo que recibió para que pueda venir.

NARBONA

Riéndose.

Anda, anda a vestirte, bárbaro. *Sale Eugenio por la derecha y, segundos después, el escultor, que pasa de la expresión alegre a la sombría, arriesga en tono bajo una interrogación injuriosa, seguro de que nadie le va a responder.* ¿Bárbaro ó imbécil?

Sofía *entra por el fondo.*

SOFÍA

Como si respondiera a la más inofensiva pregunta.

Probablemente, torpe nada más.

NARBONA

Perdone usted. Ha estado tan arbitrario, tan inconveniente, tan violento, que ha conseguido irritarme.

SOFÍA

Incrédula.

¿Con usted? ¡Si con usted es más dulce que un corderillo, porque le mira como a un hermano!... ¡Su hermano! ¡Si sospechara lo que pretende su hermano!... En algunos momentos se avergonzará usted.

NARBONA

Con ardor.

¿En algunos momentos? ¿Dejo de estar avergonzado un minuto siquiera?... Y, sin embargo, tan responsable soy yo de quererla como de tener negros los ojos. ¡Nací para quererla, y la querré fatalmente, siendo un caballero o siendo un miserable!

SOFÍA

O siendo un caballero miserable. Las dos cosas. ¿Por qué no? Para mí, bueno, y malo para él. O quizás, bueno para él, por odiarle, y malo para mí, por quererme. Lo veremos al final, si es que llegamos al final.

NARBONA

¡Si pudiese usted leer en mi corazón!...

SOFÍA

¡Viejísimo, Narbona! Lo de leer en el corazón o en el pensamiento se ha declamado millones de veces, y lo seguirán declamando todos los que preparen una mala acción, seguros de la imposibilidad de esa lectura.

NARBONA

Sofía, yo diré cosas viejas y las diré sin arte; pero, si el arte me falta, me sobra la sinceridad.

SOFÍA

Interesada.

¿No se engañará usted?

NARBONA

Fogosamente.

¡Póngame a prueba! ¡La adoro! ¡Sin usted no puedo vivir!

SOFÍA

Con gravedad.

Calle ahora. Es el consejo de una amiga que se interesa por usted. Hablando perjudicaría su causa.

NARBONA

Pero...

SOFÍA

Silencio. Yo, ahora, no oigo más palabras que las que suenan, sin pronunciarse, dentro de mí. Si deseara su fracaso, le dejaría hablar. No hable y sea agradecido.

NARBONA

Queriendo besarle la diestra.

¡Gracias!

SOFÍA

Retirando la mano.

No; todavía, no.

NARBONA

Con humildad.

¿Ni esa limosna?

SOFÍA

Sonriéndose.

Viejo también. La limosna humilla y el cariño no quiere humillar. *Con coquetería.* Aguarde, Fermín. Le he llamado Fermín... y esto es muy significativo.

NARBONA

Trémulo.

¡Sofía!

SOFÍA

Aguarde, si no con seguridad de vencer, con esperanza, porque han mejorado su juego algunos triunfos. Sin su intervención. No se envanezca.

NARBONA

Conteniéndose.

¿Me permite hacer una pregunta?

SOFÍA

Se lo permito.

NARBONA

Esos triunfos ¿me los ha dado usted?

SOFÍA

Con graciosa severidad.

No sea presuntuoso, Narbona.

NARBONA

Suplicante.

¡Dígame Fermín!

SOFÍA

Cuando lo merezca. Esos triunfos no se los he dado yo. Se los ha dado Eugenio con su brutalidad. Aunque es receloso y arisco, siempre le había encontrado humilde. Tal vez demasiado humilde para mi gusto, porque soy partida-

ria de los hombres enérgicos, ya que la entereza no excluye la cortesía. Y, hoy, el que ayer era demasiado humilde hasta como amante, ha sido demasiado descortés hasta como marido. Y como yo, pobre criatura llena de defectos, soy vengativa... creo que me vengaré. *Después de una pausa.* Bien, Fermín. En esta ocasión ha merecido usted que elogie sú delicadeza. Ni una palabra, ni un gesto... Bien.

NARBONA

Es que no ser más que el instrumento de una venganza no me enorgullecería mucho.

SOFÍA

Con una coquetería que no rechaza el cinismo.

No sea candoroso. Las mujeres, que llevan toda la vida amordazado el corazón, para vengarse... le quitan la mordaza. *Impidiéndole hablar.* ¡Chss!... Chito, chito. No abuse de mis confidencias. Y cambiemos la charla. Como le conviene rematar pronto "Caperucita"... quizás me decida a visitarle en su estudio.

NARBONA

Tembloroso.

¿Cuándo?

SOFÍA

Riéndose.

Pero ¿lo sé yo?... Mañana... el año que viene... nunca... He dicho que quizás me decida. "Quizás", Narbona.

Entra ISABEL *por la puerta del fondo.*

ISABEL

Buscan al señor.

SOFÍA

Llámale. *Sale Isabel por la derecha.* Le llevaré al billar para que se equilibre dando unos tacazos.

NARBONA

Quejándose.

¡Quizás, quizás!

SOFÍA

Riendo.

¿Y le parece poco?

Salen por la puerta del fondo, al entrar ISABEL *por la derecha. La doncellita sale también por el fondo y vuelve al instante con* SAMUEL DECHADO. *Don Samuel, sesentón atildadísimo, tie-*

ne una corva nariz judía y unas barbas de apóstol. Lleva dos brillantes en la corbata y cuatro en los meñiques. En la petulancia de sus movimientos se adivina que aún presume de tener un talle gentil.

ISABEL

Tenga la bondad de sentarse. Ahí viene el señor.

Sale por la puerta del fondo. Dechado saluda con una inclinación y una sonrisa a EUGENIO, *que, vestido de frac, entra por la derecha.*

DECHADO

Don Eugenio Miranda, ¿verdad?

EUGENIO

Para servirle. No le esperaba hoy. Porque, vamos, supongo que será usted el policía.

DECHADO

Sonriendo con finura.

¿Por qué no, si usted quiere?... El policía, aunque no soy policía.

EUGENIO

Algo cortado.

Dispense usted; pero...

DECHADO

No, no. Si su equivocación es muy disculpable. Todo el mundo no nos va a conocer a fondo. Me llamo Samuel Dechado, soy doctor en Leyes y dirijo una Agencia que cultiva las informaciones particulares. Y como dispongo de un "detective" excepcional, al que obedecen algunos caballeros, aunque no sea policía, estoy en condiciones de prestarle servicios policíacos.

EUGENIO

Es lo que necesito, señor director.

DECHADO

Aproximándose a Eugenio, que le invita a sentarse.

Pues usted dirá.

EUGENIO

Después de unos segundos de indecisión.

No es tan fácil como yo creía. Confesar ciertas cosas... es violentísimo.

DECHADO

Insinuante.

¿Por qué?... Hablar con un hombre de mi profesión ¿no es lo mismo que hablar con un sacerdote?... Después de oir durante veinte años confidencias ridículas o espantosas, ¿se figura usted que habrá suceso que me asombre o aspiración que no sepa comprender y disculpar?... Pero, ¡qué demonio! si le molesta la confesión... no confiese.

EUGENIO

Sorprendido.

¿Ycómo me serviría usted en tal caso? ¿Es usted adivino?

DECHADO

Con una sonrisilla de superioridad.

Un poco.

EUGENIO

Incrédulo.

¡Bah!

DECHADO

¿Bah?... ¿Me permite usted que le diga lo que usted me quiere decir?

EUGENIO

¿Usted?... ¿Y usted iba a saber?... Pero ¿cómo?

DECHADO

Afinando cada vez más la sonrisa.

Pues deduciendo, señor Miranda. Cuando no se está desprovisto de alguna experiencia y cuando un rayito de luz ilumina el cerebro, deducir no es muy difícil, después de informarse y meditar. Y como uno deduce recordando los mil asuntos en que ha intervenido, de cada cien casos, en noventa y ocho acierta. No lo dude, señor.

EUGENIO

Impresionado.

¿Será posible?... Continúe usted, siga usted asombrándome.

DECHADO

¿Con la exposición de su caso?... Pero ¡si es sencillísimo! Recurrí a mi "detective" apenas leí la carta que me escribió usted, y por la noche sabía que don Cristóbal Bernal, barón de Bernal, tiene doce ó catorce millones que pertenecieron a su mujer; que, por tanto, su hija, doña

Sofía Bernal, puede exigir la entrega de algunos de esos millones, y que don Eugenio Miranda, marido de doña Sofía, fué antes su "chauffeur". ¿Son ciertos los informes?

EUGENIO

Ciertísimos. ¿Y qué dedujo usted?

DECHADO

Pues lo natural, lo corriente... Que don Eugenio Miranda, que, en su justísima aspiración de administrar los bienes de su esposa, habrá tropezado con la oposición terca de doña Sofía, querrá vencer esa oposición.

EUGENIO

Lleno de curiosidad.

Le escucho a usted.

DECHADO

Con cautela.

Es que, como ahora llegaré a los pasajes delicados, no puedo ni debo seguir refiriéndome a usted y a doña Sofía. Mas, si lo desea, generalizaré.

EUGENIO

Se lo ruego.

DECHADO

Pues bien; para que el marido se quede con la administración del caudal de la esposa es necesario que la esposa le engañe. Del adulterio no se puede prescindir. La mujer ¿ha caído? Entonces la moralizadora labor de la Agencia es facilísima, puesto que consiste en vigilar y sorprender a los adúlteros para que sean condenados. Pero ¿y si no ha caído la mujer?

EUGENIO

Que puede no haber caído.

DECHADO

Tomando la observación de Eugenio por una confesión.

Si no ha caído, con un poquitín de habilidad, con una chispita de arte... se la hace caer. Figúrese a una tierna criatura, abandonada y maltratada por su marido, a la que conforta con su adhesión un gallardo joven...

EUGENIO

¿Dónde está el gallardo joven?

DECHADO

¡Oh! La Agencia dispone de personal idóneo incluso para seducir. El doncel es presentado en la casa por el propio marido... y ¿para qué continuar?

EUGENIO

Calmoso.

¡Oh! Hay que terminar. Usted me ha preguntado: "¿Me permite que le diga lo que me quiere decir?" Y he accedido y va usted a decírmelo. ¿Pretendo yo buscar un gallardo joven para que conforte a mi mujer?

DECHADO

Escamadísimo.

¡Por la Santa Virgen!

EUGENIO

Entonces, puesto que yo persigo los duros, ¿he resuelto que usted vigile y sorprenda a mi mujer, que me engaña? ¡Que me engaña será indudable, señor adivino!

DECHADO

Como una lechuga.

Dada su actitud, ni por un millón le contestaría.

EUGENIO

Si yo le dijese ahora que su Agencia es una cueva de bandidos y que a usted, por miserable, le debían ahorcar, ¿cometería una estupidez?

DECHADO

Imperturbable.

O una niñería. No exageremos la severidad.

EUGENIO

Sinceramente, señor: no le arrojo por la escalera porque le necesito. Soy tan villano que le necesito.

DECHADO

Paternal.

Animo, entonces, ¡qué carambal y no se aplique usted mismo, para mortificarse, palabrotas vacías. ¡Qué terriblemente dura es la juventud! Villano... ¡por recurrir a la experiencia de un

viejo! De un pobre viejo que ahora ha incurrido en una garrafal equivocación, ya que no es el dinero lo que persigue usted.

EUGENIO

¿El dinero?... ¡Lo que me preocupa es el cariño de mi mujer, y le he llamado, no para que Sofía me engañe, sino para impedir que me engañe, o para castigarla si me ha engañado!

DECHADO

¡Con la reprensión, porque yo no le ayudaría a imponer otros castigos! *Hecho un Quijote.* Un caballero puede ayudarle a otro caballero a realizar un negocio; a cometer un parricidio, jamás. Pero, perdóneme, puesto que su asombro me indica que me he equivocado otra vez. *Limpiándose una lágrima.* ¡No, usted no matará!... ¡En usted renace el romanticismo que tuvo en la adolescencia mi generación! *Serenándose.* Disponga de mí. Se vigilará a su mujer, y no para proporcionarle a usted unos millones de pesetas, sino para darle unos millones de disgustos. Fuera de aquí la espiará el "detective"; pero aquí nos convendría tener un auxiliar. ¿Hay algún puesto en la servidumbre?

EUGENIO

El de "chauffeur".

DECHADO

Mañana recibirá uno.

ISABEL

Desde la puerta del fondo.

Señor... Como me dijo que pasara aquí a don Mariano...

EUGENIO

Sí, que entre. *Se retira Isabel.* Fíjese bien en ese individuo, porque en mi casa no le volverá a ver y hay que acecharle. Se llama don Mariano Téllez...

DECHADO

Interrumpiéndole.

Descuide. Le conozco. *Ofreciéndole la diestra.* Adiós, señor.

EUGENIO

Con mucha naturalidad y como si no comprendiese la intención con que el viejo estira la garra.

¡Ah! ¿Quiere algún dinero a cuenta?

DECHADO

Retirando la mano con lentitud, decidido a no enterarse de la ofensa.

Es lo mismo. *Con una ambigüedad amenazadora, pero sonriendo.* Ya lo pagará usted todo de una vez.

Sale majestuosamente por el fondo, y en seguida entra TÉLLEZ, *que viste de frac y que se permite la fantasía de exornarse con una botonadura de perlas.*

EUGENIO

Con una sonrisa de hiel.

Pero ¿no se ha reventado?... ¡Y yo que me figuré que a estas horas cuatro o cinco médicos estarían baldeándole con cubos de árnica!

TÉLLEZ

Pues ya me ve. *Sonriendo.* ¡Tan campante!

EUGENIO

Con malignidad.

Y que, según lo que apesta, deben de haberle baldeado con cubos de perfumes.

TÉLLEZ

Con buen humor.

Se cuida uno.

EUGENIO

Y, a pesar de los años, se pone uno hecho una monada, para que se fastidie la juventud.

TÉLLEZ

Graciosamente.

Queridísimo amigo, ¿no podría usted suprimir la palabra terrible?... La palabra terrible es "años". Yo vendría hecho una monada si luciera unos pantalones cortos; pero, ¡luciendo un respetable frac!... ¿O es que nos debemos embellecer con el frac cuando nos desnuda la niñera y jugamos con el arito?

EUGENIO

Con una zumba hiriente.

Pero, si no me refiero al traje. Me refiero a todo. Perlas de emperatriz, zapatos charolados, que serán de piel de modista...

TÉLLEZ

Siguiendo la broma, sin advertir la malquerencia de su interlocutor.

De piel de modista chata. Son los más elegantes. Y mire qué primor de calcetines. Me los tejen unas arañas de mucho talento que amaestran en Berlín.

EUGENIO

Sí, búrlese usted, coleccionista de corazones.

TÉLLEZ

Se hace lo que se puede. Como a todos nos acecha la Señora de la Guadaña, hay que divertirse un poquito.

EUGENIO

Con indignación.

¿Que le acecha a usted y, después del trastazo que ha recibido, tiene hasta ganas de bromear?

TÉLLEZ

Riéndose.

Es que yo soy de hierro. A mí, como no me arroje usted a un precipicio otra vez que se descuide...

EUGENIO

Agresivamente.

¿Qué dice usted, señor Téllez? ¿Qué tontería es esa de que yo me he descuidado?

Con un asombro que le impide hablar.

Hombre, Miranda...

EUGENIO

¡Yo no me descuido, caballero!

TÉLLEZ

Paralizado aún.

Perdone usted.

EUGENIO

Redoblando la agresividad.

¡Yo no soy tan bestia que me descuide llevando gente en mi coche!

TÉLLEZ

Con nobleza.

Tiene usted razón, y vuelvo a rogarle que me perdone. Le juro que no le he querido ofender,

y que siento haber hablado ligeramente; por más que, después de todo, cualquiera se descuida.

EUGENIO

Con la arbitrariedad del que busca una cuestión.

¡Ah! ¿Insiste usted?

TÉLLEZ

Con indulgencia.

¡Pero Miranda!... Sé que lleva usted un "auto" como nadie...

EUGENIO

Interrumpiéndole.

¿Porque he sido "chauffeur"? ¿Pretende usted recordármelo?

TÉLLEZ

Con asombro.

¡Miranda!

EUGENIO

¡Porque, aunque no me avergüenzo de haber sido "chauffeur", recordármelo es una grosera indelicadeza que no debo permitir! Dicho está.

TÉLLEZ

Después de contemplarle en silencio unos segundos con pena y estupefacción.

Y estaría bien dicho y merecería yo que lo dijera, si hubiese intentado molestarle. Pero ¿cómo le voy a probar que no es esa mi intención?... ¡No es esa mi intención, Miranda! Y sea usted menos susceptible, para que, no aturrullándome, sea yo menos topo. *Conciliador.* ¡Caray, amigo mío, tráteme con justicia! Cuando yo me veo en la necesidad de ofender a alguien, le ofendo directamente, con franqueza, y disparando palabras que se claven como estoques. ¿Iba a decirle "chauffeur" a uno que lo ha sido, si eso honra en vez de avergonzar?... ¡Caray, más justicia!

EUGENIO

Con acerbidad.

No, no, señor Téllez. ¡Si ya no hay arreglo posible! Usted, recordándome mi profesión, no me habrá querido avergonzar; pero ¿y recordándome que volqué por descuidado?

TÉLLEZ

Un poco impaciente.

¿Otra te pego? ¿No le he pedido ya perdón? ¿Se lo vuelvo a pedir?

EUGENIO

Con ironía.

El procedimiento no puede ser más cómodo. Se da la pedrada, y en el acto se retira la piedra.

TÉLLEZ

Con sinceridad.

No consigo entenderle.

EUGENIO

Se pide perdón; pero ya se ha afirmado que se cometió una torpeza criminal, y así el accidente no se le puede achacar al verdadero culpable, al único culpable, que es el que fabricó el automóvil.

TÉLLEZ

Pasmado.

¡Qué enormidad!

EUGENIO

Con una cólera fría que envenena las palabras.

¿Eh? Se retira la piedra; pero la pedrada ya ha producido su efecto. ¡Sino que yo, para que no triunfe el embuste, juraré que volcamos porque

mi automóvil, como todos los que fabrica usted, es una porquería!

TÉLLEZ

Haciendo esfuerzos para no perder la serenidad.

Me asusta usted, amigo Miranda.

EUGENIO

Espoleándose con su propia cólera.

¿Miento yo? ¡Atrévase a decírmelo!... ¡Cuanto sale de su fábrica es una porquería! Y el que elabora porquerías, para venderlas sin confesar que son porquerías, engaña, y el que engaña vendiendo, ¿sabe usted lo que es?... ¡Un ladrón, un despreciable ladrón! Luego usted, que ha engañado...

TÉLLEZ

Con una gran frialdad.

Soy un ladrón. La consecuencia es irrebatible... sobre todo en su casa.

EUGENIO

Desafiándole.

¿La rebatiría usted en otro lado? ¡Pues figúrese que no está en mi casa!

TÉLLEZ

Con desdeñosa altivez.

¡Dios me libre!

EUGENIO

Decidido a llegar al final.

¡Como que le abofetearía, cobarde!

TÉLLEZ

Cada vez más dueño de sí mismo.

Los ladrones solemos ser cobardes. Y me voy, para que no se irrite más.

EUGENIO

¿Después de haberse reído de mi impunemente?... ¡Difícil va a ser!

TÉLLEZ

Con serenidad y entereza.

Es infantil lo que usted hace. ¿No se ha convencido de que, aquí, no responderé a sus insultos de un modo conveniente?

EUGENIO

Cogiéndole por las solapas.

¡Ni aquí ni fuera de aquí!

TÉLLEZ

Descompuesto.

¡Las manos!... ¡No me toque usted!... *Invadido de pronto por la ciega ira que enloquece a los hombres pacíficos cuando los acorralan.* ¡Quite las manos, o le ahogo, canalla, rufián!

EUGENIO

Luchando a brazo partido, con un odio que le triplica las fuerzas.

¿Tú a mí, ladrón?

TÉLLEZ

¡Canalla, canalla, canalla!

Caen, denostándose y golpeándose ferozmente, al entrar por el fondo, atraídos por el estrépito de la lucha, SOFÍA, NARBONA *y* EL BARÓN.

SOFÍA

Aterrada.

¡Eugenio, Eugenio!

EL BARÓN

Pero ¡qué espanto!

SOFÍA

Sañudamente.

¡Es indigno!

NARBONA

Interponiéndose entre Eugenio, que se levanta con rapidez, y Téllez.

¡Por el amor de Dios!

EUGENIO

Jadeando.

¡Ese ladrón cobarde!... *Queriendo acometerle.* ¡Si le he de matar!

EL BARÓN

Cogiendo por un brazo a su hijo político, al que sujeta Narbona.

¡Quieto! ¡Estás en tu casa!

SOFÍA

¡Qué horrible vergüenza!

EUGENIO

¡Le he de matar!

EL BARÓN

Empujándole, ayudado por Narbona.

¡Sal de aquí! ¡No deshonres tu casa!

EUGENIO

Fieramente.

¡No soy yo el que la deshonra! ¡Y suélteme, que ya me voy! *A Téllez.* ¡A su disposición, señor!

Sale con el Barón por la derecha. Téllez sentado en el suelo—porque no se ha podido levantar—, con la tirilla rota, el chaleco desabrochado y la cabellera en revolución, sonríe melancólicamente.

TÉLLEZ

Señora, le juro a usted que si se abriese la tierra y me tragara, no lo sentiría. *A Narbona, con cuyo auxilio consigue levantarse.* Gracias. No soy mucho hombre cuando me tumban; pero no se me tumba fácilmente y jamás caigo solo. *A Sofía.* No he podido evitar que me atropelle el señor Miranda. Es mi única culpa. Perdónemela. Y permítame usted que me retire, y no se violente diciendo lo

más mínimo. Comprendo su aflicción y la comparto. A los pies de usted.

Sale por el fondo con Narbona,

SOFÍA

Recorriendo la estancia airadamente.

¡Ah, no!... ¡Esto, no!... ¡Esto de ninguna manera! *Frente a la puerta de la derecha.* Puesto que se trata de hacer daño, ¡veremos quién hace más! *A* NARBONA, *que entra por el fondo.* ¡Alégrese, Fermín!

NARBONA

Con hipócrita conmiseración.

Calma, calma, Sofía.

SOFÍA

¿Calma con un salvaje a mi lado?... ¡Alégrese, Fermín!

NARBONA

¡Calma! No prometa mientras le dure la exaltación. Se lo suplico.

SOFÍA

Con ira.

Pero ¿qué exaltación? ¿Estoy exaltada? ¿Pierdo yo alguna vez la serenidad?... ¡Estoy tranquila, perfectamente tranquila! *Rompiendo, de súbito, a llorar.* ¡Alégrese, Fermín!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En el mismo saloncito.

EL BARÓN *se pasea, impaciente.* NARBONA *entra por la puerta del fondo.*

EL BARÓN

Qué, ¿se acabó ya?

NARBONA

No hay teléfono en la finca.

EL BARÓN

Con un gesto de contrariedad.

¡Pues estamos divertidos!

NARBONA

Afectuoso.

Barón, que es usted un hombre de coraje.

EL BARÓN

Si, señor. Y hasta he tenido mis ribetes de duelista. Y sin embargo... No perdería la tranquilidad batiéndome; pero batiéndose un zarramplín de la ralea de mi hijo político...

NARBONA

¡Bah! Téllez, que tira magistralmente y que es demasiado bondadoso para cometer un asesinato, jugará con él como un gato con un ratón y nos lo devolverá sin que le falte un pelo.

EL BARÓN

¿Y si nuestro jaque, por su temeridad, se queda en el arma de Téllez lo mismo que una codorniz en un asador?... Eso es lo que me preocupa, y no por él, sino por mi hija y por mí, que sufriríamos las consecuencias del escándalo.

NARBONA

¿De qué escándalo? ¿Presume siquiera Téllez que Eugenio esté celoso?

EL BARÓN

Pero, lo de que se haya visto obligado á rechazar aquí, en la propia casa de su enemigo, una salvaje agresión ¿no escandalizará?... Por eso yo sostengo y sostendré que para batirse hay que buscar una de esas naderías de las que, por no atentar contra las conveniencias sociales, nacen los motivos caballerescos que permiten coger con honra las armas. Un hombre de honor, por una cosa grave, no se debe batir. En cambio, se debe matar por un gesto, por una sonrisa, por una insinuación descortés. ¿Sabe por qué nos tiroteamos Paco Montefrío y yo?... Pues escuche. No he de negar que Montefrío, agricultor de muchísimas agallas y poeta laureado, es una criatura de las que le dan lustre a un país; pero no ocultaré que es tan disforme su vanidad que, en cuanto uno le lleva la contraria, le mira con desdén, escupe y le dice "filisteo".

NARBONA

Y se lo dije a usted.

EL BARÓN

Me lo dijo, y aunque me enteré inmediatamente por el diccionario de que "filisteo" es igual que enemigo de los israelitas—por lo que, en mi interior, me declaré "filisteo" con mucho

gusto—como caí en la cuenta de que Paco no pretendía agradar, sino herir, le rogué que no volviese a colocarme entre los adversarios del pueblo judío. Y a los tres días me disparó un "¡filisteo!", que me hizo la gracia que puede usted suponer, y, a los seis, me lanzó otro, que me supo a rejalgar, y decidido a vengarme, con el espíritu caballeresco sublevado, mojé en agua un terrón de azúcar y se lo metí, sin que lo advirtiese, en el bolsillo del gabán.

NARBONA

Burlándose, pero con mucha seriedad.

¡Qué idea, barón!

EL BARÓN

¡Diabólica! Pero me quería vengar, y yo no me paro en barras cuando quiero vengarme. Y figúrese lo que ocurrió al meterse el poeta la mano en el bolsillo. "¡Caramba! ¿Azúcar? ¿Dónde me habré manchado?" Y fué a lavarse, y continuó soltando "filisteos" por aquella boca, al discutir, y se volvió a manchar la mano al metérsela otra vez en el bolsillo. "¿Más azúcar? ¿Dónde demonios me emporcaré yo?" Y, a la tercera vez, como Paco tiene talento, comprendió que se emporcaba en su propio bolsillo, y dedujo,

por la audacia del golpe, que sólo yo podía haberlo ejecutado.

NARBONA

¿Y le insultó?

EL BARÓN

Reconviniéndole.

¿Un caballero como él?... Aquella noche estuvo conmigo más afectuoso que nunca; pero, a la mañana siguiente, recibí un sobre afeado por una singular hinchazón, lo abrí y me encontré una tarjeta de Paco y... y una bellota.

NARBONA

Con sorpresa.

¿Una bellota?

EL BARÓN

Una bellota. ¿No comprende usted? Porque yo comprendí, recordando lo del terrón. Comprendí, que valiéndose del procedimiento alegó-

rico, me llamaba cochino. Y veinticuatro horas después, cambiábamos dos balas.

EUGENIO *entra alegremente por la puerta del fondo.*

NARBONA

Abrazándole un poco sorprendido.

¡Chico, Eugenio!...

EUGENIO

Con una petulancia infantil.

¿No te lo dije? Pero ¿qué te figurabas tú? *Abrazando al Barón.* ¡Vaya, abráceme, querido suegro!

EL BARÓN

Dejándose abrazar.

De modo que...

EUGENIO

Que oir lo de "Adelante, señores" y saltar sobre él y rajarle un brazo, fué la misma cosa. *A Fermín.* ¿Te has convencido de que pega el que debe pegar?

Entra SOFÍA *por la derecha.*

SOFÍA

Displicente y sin mirar a su marido.

Buenas tardes.

EUGENIO

Apenado e irónico.

¿Nada más? ¿Sabes que me acabo de batir y me saludas como si llegara del casino?... ¿Te duele, tal vez, que la suerte me haya amparado?

SOFÍA

Con indignación.

¡Por lo menos, no me alegra! ¡No me alegra porque te has batido sin razón, porque me has ofendido, porque has manchado nuestra casa!

EUGENIO

¿Te parece, Fermín? Yo he manchado mi casa... ¡porque le he sacudido el polvo al que la quería manchar! *Con ironía.* Está visto: nunca me portaré como un caballero elegante.

EL BARÓN

Con severidad.

Nunca, Eugenio.

EUGENIO

Ni falta. Yo me conformaría con ser menos pobre de inteligencia, con hablar algo mejor y con saber algo más, no para lucirme, sino para demostrar, siquiera, que casi siempre hago lo que debo hacer.

SOFÍA

Irritada.

¿Como ahora?

EUGENIO

Enérgicamente.

¡Como ahora! Tú no querrás a Téllez; pero, por ligereza o por coquetería, le has dado alas, y esa es la prueba de que tampoco me quieres. No soy para tí más que el recuerdo de una equivocación... y esto se adivina, "lo adivinan". Pero el que pretenda apoderarse de lo que he perdido, o de lo que ni he tenido tal vez... ¡se juega la cabeza!

Entra ISABEL *por el fondo.*

ISABEL

Bastante azorada.

Está ahí don Mariano, señor barón.

Todos la miran asombrados.

EUGENIO

¿El señor Téllez?

ISABEL

Pregunta por usted. Dice que necesita hablarle.

EUGENIO

Con reprimida violencia.

¡Yo, no! Dígaselo.

EL BARÓN

Con entereza.

Tú no cometerás esa descortesía. Te lo suplico. *A Isabel.* Que pase. *Sale la doncella por el fondo.* Como ese caballero a quien acabas de herir vendrá por motivos muy importantes, si no le recibes, le recibiré yo.

Entra TÉLLEZ *por la puerta del fondo. Trae el brazo derecho en cabestrillo.*

TÉLLEZ

Con mucha modestia; pero sin la menor confusión.

Ruego a todos ustedes que me perdonen el

atrevimiento de presentarme aquí. Sé que mi decisión, que es incorrecta, parecería hasta una temeridad si no me dirigiese a hombres bien educados; más a ellos me dirijo y espero que me disculpen. Es indispensable que me oiga el señor Miranda.

EUGENIO

Acremente.

Será indispensable para usted.

TÉLLEZ

Con frialdad.

Para los dos.

EUGENIO

¡Para mí, no, porque no quiero escucharle!

TÉLLEZ

Sin rendirse ante la negativa.

Un momento. Yo estaba ofendido con usted porque usted me insultó y me agredió con excesiva arbitrariedad; pero ya no estoy ofendido, puesto qne ha borrado la agresión y los insultos atizándome un sablazo con arreglo a las más puras leyes caballerescas.

EL BARÓN

Me felicito de oirle, Téllez. ¡Esa es la sana doctrina!

TÉLLEZ

Gracias. *A Eugenio, persuasivamente, mas sin debilidad.* Nuestra cuestión ha terminado, lo cual no quiere decir que no entablemos otras, si usted se lo propone, porque yo, por cortesía, no las he de rehuir; pero, antes ¿por qué no hemos de hablar, si el que tendría derecho á oponerse, que soy yo, no sólo no se opone, sino que lo solicita?

EL BARÓN

Eugenio, te suplico que no me avergüences con una negativa. *A Téllez.* Estoy seguro de que le atenderá.

EUGENIO

Conteniéndose.

A usted puede agradecérselo.

EL BARÓN

Cogiendo por el brazo a Narbona.

Ven, Sofía.

Salen por el fondo Sofía, Narbona y el Barón.

EUGENIO

Paseándose muy nervioso, sin mirar a Téllez.

Al grano, señor.

TÉLLEZ

¿No se molestará usted si me siento? *Se sienta al ver que Eugenio se encoge de hombros.* Agradecidísimo. Es usted muy amable.

EUGENIO

Avanzando hacia él en un arrebato de ira.

¡Muy amable, muy estúpidamente amable, pues to que no le he tirado por el balcón!

TÉLLEZ

Golpeándose con suavidad el cabestrillo.

Señor, fíjese. En este momento no podríamos repetir en condiciones de igualdad nuestra bonita escena de lucha grecorromana. Modérese usted... por ahora.

EUGENIO

Pues suprima los requilorios y entre en el asunto.

TÉLLEZ

Con la debida claridad. Usted no es un desequilibrado.

EUGENIO

No lo soy. Adelante.

TÉLLEZ

Usted goza de un equilibrio tan perfecto, que, sin esforzarse apenas, se contiene con plausible cordura.

EUGENIO

Impaciente.

¿Adónde va usted a parar?

TÉLLEZ

Calmoso.

A esta pregunta: Siendo usted un hombre cuerdo y yo una criatura de carácter tan apacible que prefiero adular a ofender, ¿por qué me ha agredido?... Usted no es injusto. Luego por alguna causa grave se habrá lanzado contra mí. ¿Cuál es? ¿Por qué me odia?

EUGENIO

¡Yo que le he de odiar! Le agredí porque atribuyó a una torpeza mía lo que era fruto de una mala acción de usted.

TÉLLEZ

Apesadumbrado.

¿Todavía?... Pero, ¿se figura que con un pretexto tan trivial va a convencerme? Usted sabe tan bien como yo que mis automóviles son magníficos. ¿Por qué no es usted franco?

EUGENIO

Con acritud.

Y con qué derecho afirma que no lo soy?

TÉLLEZ

Con sinceridad.

Miranda, nos hemos estimado de veras, y yo volvería a estimarle gustosamente, a pesar de mi rasguño, ya que, más que su arma, me lo ha hecho mi manía de reflexionar.

EUGENIO

Burlón.

¡Ah! ¿Sí?

TÉLLEZ

Imperturbable.

Mi manía de reflexionar, aunque usted no lo crea. Al verle coger el sable lo mismo que si fuera un bastón, comprendí que sabía usted menos esgrima que un palomo y pensé: "Este incauto se me va a abalanzar con la negra intención de abrirme la cabeza." Y me pregunté: "¿Paro el golpe y se la abro yo lindamente, o lo recibo, seguro de que no acertará ni a cortar, y le injerto mi asador en la panza?" Y ya había condenado ambas atrocidades, decidido a no hacerle a usted mucha pupa, cuando empezó la función con su inverosímil triunfo. ¿Cómo voy a guardarle a usted rencor?

EUGENIO

Con ironía.

Bien. Excelente cristiano.

TÉLLEZ

Después de unos segundos de silencio.

Miranda, recuerde que no soy muy mala persona y pórtese con generosidad. Vamos, hable. *Eugenio empieza a silbar.* ¿No? *Sombríamente.* Entonces aprenda esgrima, porque va a necesitarla.

EUGENIO

Despreciativo.

¿Es una chulería?

TÉLLEZ

Tranquilamente.

Caray, ¿tengo yo tipo de chulo?... No, señor. No es una chulería. Es una leal advertencia. Si usted me hubiese estudiado un poquitín, como yo le he estudiado, quizás hubiera advertido que en mi prudencia no es posible descubrir la cobardía y que en mi bondad no hay ni chispa de blandura. Lo que debo ejecutar por imposición de mi decoro, lo ejecuto siempre. Y si tarda la máquina de mi voluntad en ponerse en movimiento, cuando se pone en movimiento no hay obstáculo que la detenga.

EUGENIO

Socarrón.

Y, ahora, la máquina ¿va a chocar conmigo?

TÉLLEZ

En cuanto pueda usted defenderse.

EUGENIO

¿Y qué le importa que yo me pueda defender?

TÉLLEZ

Me importa, puesto que la comisión de un asesinato me horrorizaría. No tengo vocación de asesino. Aprenda, porque no olvidaré ni perdonaré, y las casualidades, créalo, no se repiten. En un año tirará casi como yo, y, por ser más ágil que yo, no le llevaré ventaja.

EUGENIO

Con odio.

Y usted ¿se resigna a no llevarme ventaja?

TÉLLEZ

Ya le he manifestado que, por falta de vocación, no me seduce la carrera de asesino.

EUGENIO

Con violencia.

¡Y, no obstante, usted es peor que el peor asesino!

TÉLLEZ

Por el brazo lesionado.

Señor Miranda, fíjese.

EUGENIO

¡Es usted peor y no me engañará con su falsa nobleza de valiente!

TÉLLEZ

Tocándose el cabestrillo.

Fíjese.

EUGENIO

¡Y no estimo su valor porque yo lo único que estimo es la hombría de bien! ¡Valiente puede ser hasta un bandolero!

TÉLLEZ

Y yo, ¿soy un bandolero?

EUGENIO

¡Sí!

TÉLLEZ

Con algún calor.

Yo, que sólo presumo de hombría de bien, ¿no soy un hombre honrado?

EUGENIO

Entonces ¿cómo?... *Con resolución.* ¡Sí, voy a decírselo, puesto que, más temprano o más tarde, le he de matar! Entonces ¿cómo asedia villana e hipócritamente a mi mujer?

TÉLLEZ

Con un asombro enorme.

¿Que yo?...

EUGENIO

¿Podrá usted negar que la persigue, que es su sombra?...

TÉLLEZ

Increpándose, espantado.

¡Ah, necio, torpe!

EUGENIO

¿Podrá explicar satifactoriamente la sospechosa frecuencia con que la visita? Usted, que pidió

su mano el mismo día en que ella me eligió, ¿ha debido volver?... Yo, sin presumir de bueno, le aseguro que no hubiera pisado más esta casa. Pero usted, prodigio de bondad, se diría: "Ya se cansará del "chauffeur" la señora. Esperemos". Y como cree que no hay obstáculo que detenga a la máquina de su voluntad, empezó reposadamente su labor. Sino que usted, aquí, se ha equivocado en todo: en lo relativo a su máquina y en lo relativo a mi inteligencia, por que yo no soy un imbécil.

TÉLLEZ

Con una alegría que desconcierta al celoso.

¡Ah, bestia de mí! ¡Yo sí que soy un imbécil, y un archibruto y un asno!... Eugenio ¿me quiere usted pegar?... ¡Como si no me viera el cabestrillo!

EUGENIO

¿Qué farsa urde usted?

TÉLLEZ

Sacando la cartera.

¿Farsa?... Aguarde dos segundos. *Dándole una fotografía que extrae de la cartera.* Eso ¿es una farsa?...

Mírelo usted. ¿Se imagina que le voy a engañar? ¡No sea tonto y mírelo, hombre de Dios! *Con ternura.* ¿No es un portento?

EUGENIO

Después de mirar la fotografía.

¿Y qué?

TÉLLEZ

Alegremente.

¡Ah! ¿No cae?... Pues ese portento, que tiene mi nariz y que principia a decir papá con una elocuencia que asusta, es hijo mío.

EUGENIO

Con cierta vacilación.

¿Y qué?

TÉLLEZ

Pero, señor, abra de par en par las entendederas. Con un hijo tan maravilloso, ¿quién no renuncia a robar corazones?... Al mes de casarse ustedes conocí a la madre del pequeñillo, y, semanas después, no había en mi pensamiento más imagen que la suya. Por eso volví a esta casa: porque volvía curado.

EUGENIO

Anhelante.

¿Es cierto lo que dice, Téllez?

TÉLLEZ

¿Que si es cierto? Como que, para que no se tenga que avergonzar la autora de este monigotín—maestrilla de piano descendiente de Venus—, me voy a casar con ella. *Riéndose.* ¿Nos apadrina usted?

EUGENIO

Abrumado.

¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡El bruto y el imbécil y el malvado lo soy yo! Saltarle a usted al cuello como un matón y herirle después... ¡por una infame sospecha! ¡Cómo me va usted a perdonar!

TÉLLEZ

¡Toma! ¡Perdonándole! ¡Pues si que es difícil!

EUGENIO

Avergonzado.

¡Pero yo no me perdonaré mi torpeza, mi grosería, mi salvajismo!

TÉLLEZ

Afectuosamente.

Usted se perdonará porque le impondré yo esa condición para perdonarle. ¿Qué le ha sacado del carril sino mi impertinencia? *Bajando la voz.* El que haya cumplido los cuarenta y ocho años, aunque se plante, por coquetería, en los cuarenta, debe ser menos expresivo con las señoras. Sobre todo, si las señoras tienen quien las guarde. Conque ¿acepta mi condición?

EUGENIO

Admirado y enternecido.

¡Ay, Téllez!

TÉLLEZ

Y, como epílogo de nuestras peleas, ¿admite un abrazo?

EUGENIO

Abrazándole.

Téllez, no he conocido una criatura más generosa que usted. *Con la voz tomada por la emoción.* Perdóneme y compadézcame.

TÉLLEZ

En tono de broma, pero con una punta de emoción.

¿Compadecer a un hombre porque es muy hombre?... Siga por su camino, Eugenio, y trate a todo aquel de quien sospeche como me trató a mí. Pecar por desconfiado en estos asuntos, siempre es más airoso que sucumbir por confiado. Yo no le consentiré admiradores a mi maestrilla... aunque se me parezcan. Y me voy. ¿Otro abrazo?

EUGENIO

Con todo mi corazón.

Entra NARBONA *por el fondo.*

NARBONA

Como si el verles abrazados le produjera una gran alegría.

¡Gracias a Dios que puede uno respirar! *A Eugenio.* Enhorabuena, chico. Así se conducen los caballeros.

EUGENIO

¡Si supieras, Fermín!...

TÉLLEZ

Con que sepa que teníamos razón ambos, sabrá bastante. Y hasta la vista. *Deteniendo a Eugenio.* No, quédese, que antes de salir voy a saludar al barón.

Sale por el fondo.

NARBONA

Sonriéndose.

Cuenta, muchacho.

EUGENIO

Con exaltación.

¡No era él, Fermín! ¡Tiene un hijo! ¡Se va a casar!

NARBONA

Aparentando una gran bonachonería.

¿Ves, hombre?... ¿Ves cómo Téllez merecía mi defensa?... Pero, alégrate. Porque supongo que ahora descansarás.

EUGENIO

¿Después de este golpe?... ¡Ahora me moriré de celos, y de angustia, y de rabia, si no descu-

bro al que me quiere robar o me ha robado a Sofía! Puesto que no es Téllez, ¿quién es? *Con furia.* ¿Cómo es, cómo se llama y dónde se encuentra el ladrón a quien tengo que destrozar?

NARBONA

Estremeciéndose.

Es absurdo exaltarse así, Eugenio.

EUGENIO

Vibrante de furor.

¡Lo absurdo sería que no me exaltara! Pero ¿no te das cuenta de que mi situación es aterradora? Hasta hace unos minutos me ha sostenido la seguridad de deshacer al que pretendía deshonrarme. Ahora, convencido de mi equivocación, ¿qué me sostendrá?

NARBONA

Con energía.

¡La certeza de que te equivocas otra vez! *Impidiéndole hablar.* ¡Te equivocas y ultrajas a Sofía!

EUGENIO

Con dolor.

¡Si acertaras, Fermín!... Pero no aciertas. Hay

alguien que ha perseguido a Sofía, que la ha envuelto y que la ha enamorado. ¡Sí, calla! ¡La ha enamorado! ¡Mi mujer no me pertenece ya! ¡Quiere a otro! ¡Sueña con otro!

NARBONA

Sin disimular el espanto.

¡Eugenio!

EUGENIO.

Con fiereza.

¡Sueña con otro, durmiendo junto a mí! ¡Lo sé, lo sé... y espero que se le escape el nombre!

NARBONA

Disfrazando su medrosía de indignación.

¡Vuelve en ti, Eugenio, y avergüénzate de esa malvada idea! ¿Qué importaría que soñara con otro, si lo que supones fuera cierto?... Se puede soñar con un amigo, con un enemigo, con cualquiera que nos haya impresionado y hasta con cualquiera que nos sea indiferente. Un nombre ¿qué valor tendría?... ¡Eugenio, vuelve en ti!

EUGENIO.

Tranquilízate, que no se repetirá el caso de

Téllez. De aquí en adelante no dejaré que me dominen mis recelos. ¡Pruebas, pruebas! ¡Buscaré pruebas y las tendré!

NARBONA

Y no las tendrás—porque no se prueba lo que no existe—, y sólo habrás conseguido con tu humillante fiscalización desesperar a Sofía.

EUGENIO

No. Yo no fiscalizaré. No soy tan estúpido. Mi ceguera podrá competir con la de los maridos más confiados. Pero lo que no perciban mis ojos... lo percibirán otros ojos.

NARBONA

Sorprendido.

¿Otros ojos?

EUGENIO

Bajando la voz.

Aquí, los del "chauffeur", que es un polizonte, y fuera de aquí, los de un compañero suyo. ¡Caerá, caerá el pájaro, y cuando caiga!... No, esta vez no habrá desafío. Esta vez será más serio lo que ocurra, Fermín.

NARBONA

Sonriendo, aunque desconcertado completamente por el terror.

Pero...

EUGENIO

No me aconsejes. Y cuidado con las indiscreciones, que, por quererme favorecer, me podrías perjudicar. Y hasta luego. Voy a advertir en la Agencia que no vigilen a Téllez. ¿Me aguardarás?

NARBONA

Te aguardaré. *Sale Eugenio por el fondo. Fermín, con el pulso temblón, enciende un cigarrillo, se sienta, medita unos segundos y dice, como rematando un soliloquio mental:* Suerte, suerte, suerte... Aún no se me ha acabado.

Entra SOFÍA *por el fondo.*

SOFÍA

¿Sabe lo que le ha dicho a Téllez?... Porque Téllez no nos habrá contado la verdad. *Notando la descomposición de Fermín.* Pero ¿qué le ocurre a usted?

NARBONA

Procurando reponerse.

Nada.

SOFÍA

¡Está usted lívido!

NARBONA

¿Qué pensaría usted si le confesara que estoy así de miedo? *Pasándose las manos por el rostro.* Pero, por fortuna, ya no hay que temer.

SOFÍA

Asombrada.

¿De miedo?

NARBONA

Sonriéndose.

De miedo. Como si no hubiese un dios para los enamorados, he tenido miedo. Claro que no al pensar en mi peligro, sino al imaginarme el que ha podido usted correr.

SOFÍA

Sin pizca de temor.

¿Y por qué causa he podido estar en peligro?

NARBONA

¿Me promete no asustarse?... Porque la espían.

SOFÍA

Con desdeñosa incredulidad.

¡Vamos!

NARBONA

Con alguna irritación.

¡Aquí, el "chauffeur", y en la calle, otro polizonte como el "chauffeur"! Me lo ha confesado Eugenio, que los paga.

SOFÍA

Con más sorpresa que pavor.

Es decir...

NARBONA

Que esta noche se hubiese enterado de su visita a mi estudio; que, probablemente, los celos le

habrían quemado en el corazón la confianza que le inspiro; que nos hubiera vigilado...

SOFÍA

Observándole con atención.

¿Y qué más? ¿Todavía tiembla por mí?

NARBONA

Recobrándose.

¿Ahora que conozco su plan?... ¿Acaso iba yo a consentir que fuera usted a mi estudio para que triunfara ese miserable? ¡No irá usted mientras la vigile, aunque me muera yo de dolor! Pero como le domino, conseguiré que despida a sus soplones, y cuando él sea el espiado y no el que espíe, el burlado y no el que pretenda burlar... ¡veremos!

SOFÍA

De una manera ambigua.

¡Oh, qué precipicio! ¡En qué precipicio me iba a hundir!

NARBONA

Apasionadamente.

¡Pero no se hundirá usted, porque la defiendo yo, que la adoro con toda mi alma!

SOFÍA

¡Qué precipicio!

NARBONA

Cogiéndole la diestra.

¡Ánimo, que la amenaza pasó!

SOFÍA

Retirando la mano.

Fermín, no ha pasado la amenaza. *Con fría decisión.* Y no pasará, porque, para cumplir lo prometido, dentro de dos horas iré a su estudio. Yo sería una despreciable mujercilla si me inspirase menos terror faltar a mis deberes que morir.

NARBONA

Haciendo una comedia, convencido de que Sofía también la hace.

¡Dios mío, y que en vez de arrodillarme, lleno de agradecimiento, para besar sus pies, tenga que reñirla!... ¡No, usted no irá al estudio! ¡No le permitiré a mi egoísmo que acepte tan ciega temeridad! ¡Confíe en mí, déjese guiar por mi cariño!

SOFÍA

Incisivamente.

¿Y no sabe otro idioma su cariño? ¿Siempre empleará el de la prudencia?

NARBONA

¡Siempre, porque, como es verdadero, siempre se sacrificará!

SOFÍA

Con una excitación cuyo origen no puede comprender Narbona.

No; escúcheme, y medite antes de responder. Si yo le dijera: "No me importa que Eugenio sepa que mi corazón es de otro; no me importa lo que de mí piense el mundo; no me importa perder cuanto poseo... Todo lo doy para comprar una felicidad nueva, y estoy decidida a huir." Si yo le dijese esto, ¿qué respondería usted?

NARBONA

Queriendo ser hábil.

Pero como usted no me lo dirá, porque usted no vive en la celda de un manicomio...

SOFÍA

¿Eso qué quiere decir? ¿Que me someta a mi marido?

NARBONA

Vivamente.

¡Oh, no!

SOFÍA

Con amargura.

¡Qué pobre mujercita soy!

NARBONA

Con la benevolencia del que se cree vencedor.

¡Sí! ¡Qué pobre mujercita! Pero ¡qué candorosa, qué linda y qué valiente! *Con fuego.* ¡No, no hay que huir; mas tampoco hay que someterse! ¡Hay que ser hábil, hay que luchar, hay que fingir con talento!

SOFÍA

Con ironía, con dolor y con rabia.

¡Qué torpe soy!... Cuando quiero embellecer a una persona atribuyéndole ciertas cualidades... la

calumnio. Yo creí que usted, por no compartirme con nadie, apelaría hasta a la violencia, como un bárbaro. Y le calumniaba. Usted no es un bárbaro; usted es un hombre de una civilización refinadísima... y se conforma con que yo sea, a medias, suya y de mi marido. Matar cara a cara, exponiendo la vida, no. Se debe matar a traición, y sin comprometerse.

NARBONA

Fingiendo una agudísima tribulación.

Sofía, es usted terriblemente injusta. Yo no soy traidor ni cobarde. Por no serlo, por no cometer la traición y la cobardía de tolerar que se deshonre, le he aconsejado fingir. El sacrificio de mi felicidad no merece que me trate con tanto rigor.

Se lleva el pañuelo a los ojos, como si no pudiese contener las lágrimas.

SOFÍA

Con un interés que anima al escultor.

Pero ¿va usted a llorar?

NARBONA

Esperando vencerla.

Déjeme, déjeme usted...

SOFÍA.

Sangrientamente.

¿Llorar aquí, para que tuviésemos que abandonar el hotel, puesto que cada una de sus lágrimas se convertiría en un escorpión?

NARBONA

Como aplastado por la pena.

Sofía...

SOFÍA

Temblando de furor.

Conque mi honra, ¿eh?... ¡Su posición es lo que le interesa! ¡Ya, ya le he conocido! ¡No arriesgaría por mí ni uno de los muñecarros que copia! ¡Y si le pidiesen que me asesinara a cambio de que Eugenio no llegase ni a sospechar de usted, me asesinaría!

NARBONA

Con un decoro muy bien simulado.

Basta. Yo he cumplido ya con mi obligación. Huiremos si continúa decidida a huir.

SOFÍA

¿Después de contemplarle sin careta?... No soy tan definitivamente irracional. Un poco necia sí lo soy. Porque ¡mire que vacilar entre Eugenio y usted! *Con sorda irritación.* Y he vacilado. Me ha tenido usted convencida, alelada, entre sus uñas... ¡y ha abusado de mi necedad! *Metiéndole las manos por los ojos y alzando la voz.* ¿Por qué me besó anoche? Estando exaltada, desquiciada, afligida, fuera de mí, ¿por qué me besó? *Dándole un abanicazo en la frente.* ¡Bandido!

NARBONA

Con odio.

¿Se ha vuelto usted loca?

SOFÍA

Con altivez.

¡He recobrado la razón! Y tan completamente, que le exijo a usted que se marche.

NARBONA

Ahora mismo.

SOFÍA

Pero no del hotel. De España. Para que Euge-

nio me perdone, le voy a decir la verdad: que me enamoró usted, que llegó a besarme... Conque si no quiere morir a sus manos...

NARBONA

Con rabia.

¡O él a las mías!

SOFÍA

¿Sí?... Entonces aguárdele usted. Quizás sea mejor. Pero sin hablar. Ya no tenemos que hablar. *Coge un libro, se sienta y lee unos segundos.* Esto me gusta, Narbona. No es usted tan malo como yo suponía. Lea usted y fume. *Sigue leyendo. Fermín, aterrado, espera unos instantes, enciende un pitillo de un modo maquinal, y, con vivísima inquietud, consulta su reloj.* ¡Oh, Narbona! ¡Qué detalle tan feo! ¿No es ese el reloj que le regaló mi marido?... ¡Pues sea delicado y no cuente en él los minutos que le faltan para matarle!

NARBONA

Con una ferocidad que está muy lejos de sentir.

¡A usted sí que la mataría... si no me fuera!

SOFÍA

Burlona.

Sí, no le espere usted. Es mejor que no le espere. *Con una severidad desdeñosa.* Dentro de cuatro o seis días, despídase por telégrafo. Puede usted decir que le solicitan los americanos o los japoneses. ¡Y no me mire así, Narbona! ¡No me mire así, que me espanto y grito!

Se ríe a carcajadas.

NARBONA

Entregándose.

Ya me ha martirizado bien, señora. Tenga caridad.

SOFÍA

Con frío desprecio.

Salga. Y no olvide lo que le he ordenado.

NARBONA

Con cobarde humildad.

La obedeceré, señora.

Sale por el fondo. Sofía llama, y entra por el fondo ISABEL.

SOFÍA

¿Ha salido el señor?

ISABEL

Está con el "chauffeur" en su despacho.

SOFÍA

Dile que tenga la bondad de subir.

En cuanto sale la doncella, Sofía se desabrocha un zapato, se quita una horquilla y la pone en la alfombra y después se levanta un poco la falda para lucir el primor del pie y parte de la gordezuela pantorrilla. Y así, formidablemente preparada para defenderse y atacar, recibe a EUGENIO, *que entra por el fondo más tímido que huraño.*

EUGENIO

¿Me llamabas?

SOFÍA

Muy melancólica.

Acércate. Más. No muerdo. No te he mordido ninguna vez... muy fuerte. *Eugenio la mira sollispado.* Si yo te pidiera un favor ¿me complacerías?

EUGENIO

Con sequedad.

Te obedecería. Pero eso de que me pidas un favor, me pasma. Hace muchos meses que no te acuerdas de mí ni para mandarme. Empecé siendo tu criado y ya no te sirvo ni para criado.

SOFÍA

Y cuando empezaste siendo mi criado ¿cómo te traté, ingratón? *Después de suspirar.* ¡Así sois los hombres! Nos convertís en vuestras esclavas, y encima...

EUGENIO

Con más asombro que indignación.

¡Ah! ¿tú eres mi esclava?... ¡No, no! ¡Tanto cinismo, no! ¡Es ya demasiado cinismo!

SOFÍA

Como una cordera.

Hijito, hoy me he propuesto no reñir, y, para salirme con la mía, aunque te empeñes, no reñiré. ¿Puedo pedirte el favor?

EUGENIO

Te obedeceré. Ya lo he dicho.

SOFÍA

Cógeme esa horquilla.

La que puso en la alfombra.

EUGENIO

Dándosela.

Hecho el favor.

SOFÍA

Abriendo mucho los ojos.

¿El favor? *Mirándole con la angustia de un niño asustado.* ¡Dios mío, me dan ganas de llorar! ¿Qué te he hecho para que me trates así?

EUGENIO

Impaciente y cada vez con más recelo.

¿Cómo?

SOFÍA

Desolada.

De manera que yo ¿te iba a pedir por favor que me dieses un horquilla?... ¡Tanto como has gozado poniéndome y quitándome todas mis horquillas... y ahora te parece que darme una es un

favor! ¡Así sois los hombres! *Levantándose más la falda—sin duda enajenada por el dolor—y llevándose el pañuelo a los ojos y a la nariz.* Paciencia. No te censuro. Habéis nacido para cambiar, y es lógico que cambies tú.

EUGENIO

Irónico.

Tú, no. Al revés: tú, con una consecuencia maravillosa, aumentas de día en día tu audacia.

SOFÍA

Pero yo ¿soy audaz?... ¡Audaz, Vírgen Santísima, y ni me atrevo a rogarte que me abroches el zapato!

EUGENIO

Abrochándoselo.

¿Este era el favor que me ibas a pedir?

SOFÍA

Con amorosa tristeza.

Hace unos meses hubieras preguntado: ¿"Este era el favor que me ibas a conceder?"

EUGENIO

Pasando del recelo a la alarma.

Sofía, ¿a qué viene esta comedia? ¿Qué tramas? ¿Qué quieres obtener de mí?

SOFÍA

Quiero, para no verte en ridículo ni un segundo más, que le des la licencia a tus soplones.

EUGENIO

Desconcertado.

¿A mis soplones?... Yo no tengo soplones ni los necesito.

SOFÍA

Por eso te agradeceré que los despidas. Espiar, siempre, aun estando justificada la sospecha, es una cosa vil. Y, no estando justificada, es vil y absurda. *Después de una pausa.* ¿No respondes, Eugenio? ¿Te asusta, por lo desmedido, el favor?... ¿Y si yo te lo pagase con otro que quizás inutilizara a tus espías?

EUGENIO

Indeciso.

No sé de qué manera.

SOFÍA

Con lentitud.

Diciéndote quién es la persona que me va a enamorar.

EUGENIO

Exaltándose.

¡No me lo dirás! ¡A que no! ¡A que no te atreves! ¿Quién es?

SOFÍA

Sonriéndose con dulzura.

Eugenio, ¿te insulto llamándote "pobre diablo"? ¿Recuerdas aquellos días en que no eras para mí más que un pobre diablo?... ¡No te pellizques sobre el corazón, Eugenio!

EUGENIO

Cada vez más exaltado.

¿Quién es? *Arrodillándose.* ¡Te lo suplico de rodillas! ¿Quién es?

SOFÍA

Poniéndole la mano en la cabeza.

Tú.

EUGENIO

Con lágrimas en la voz.

¡Quisiera morirme!

SOFÍA

Tirándole con suavidad de los cabellos.

Tú.

EUGENIO

¡Te juro que me pesa la vida!

SOFÍA

Sinceramente emocionada y atrayéndole cogido por los cabellos.

¡Tú, tú, pobre diablo!... ¡Este pobrecito diablo que se engaña siempre, que se irrita sin razón, que no sabe vivir!

EUGENIO

A punto de llorar.

¡Sin razón, y hoy me has dado a entender que debían haberme matado!...

SOFÍA

Abrazándole de súbito.

Pero ¿no distingues la verdad de la mentira? Cuando mientó ¿no me lo notas?

EUGENIO

Levantándose.

¿Y quién te conoce a ti? ¿Quién adivina lo que piensas, si sonríes para ofender y te enfadas para alabar? ¿Qué conducta se ha de seguir contigo? ¿Qué ha de hacer para que le toleres un pobre diablo de poquísimo entendimiento, como yo?

SOFÍA

¿Y si no fueses tan pobre diablo como te figuras?... Un pobre diablo no se expone a estrellarse, por cariño y por odio, volcando un automóvil.

EUGENIO

¿Te burlas?

SOFÍA

¿Porque te elogio?... Y te elogiaría más, si...

no sé cómo decírtelo... si me desdeñaras una chispita. ¡Una chispita muy chispita, vamos! Conmigo, ¿por qué eres tan infeliz, siendo mi esposo, mi señor?... No me mires como a un ídolo, sino como a una mujer. Sé tú más hombre, para que sea yo menos ídolo, y sosténme si es necesario, y corrígeme si hace falta. Me acuerdo de que un día, porque me oíste decir que me gustaban los tenores rubios, rompiste un jarrón. Pues rompe un jarrón de vez en cuando.

EUGENIO

¿Y no te pareceré un salvaje?

SOFÍA

A todas las mujeres... "femeninas" nos agrada que los hombres sean un poquito salvajes. Y me callo, porque, si continúo la lección, te voy a dar demasiadas ventajas. Pero solicitaré otro favor—y éste sí que es gordo—de mi pobrecito diablo. Había pensado ir a Benalcázar, e iríamos si el ver a papá en su monumento no me cortase la digestión; mas, como me la corta, cambiaré la ciudad por el campo, si tú no te opones. ¿Te resignarías a pasar un mes, entre tomillos, con tu mujercita?

EUGENIO

Loco de júbilo.

¡Y un siglo! En cuanto Fermín termine su obra, al tren.

SOFÍA

Con indiferencia.

No la terminará.

EUGENIO

Sorprendido.

Por...

SOFÍA

Porque le he demostrado que sería una mala obra.

EUGENIO

Pero, mujer...

SOFÍA

Un adefesio. Caperucita devorada por un lobo,

que es el amor desleal, el amor desalmado... ¿No te indigna la vejez de la idea?... Hoy, cuando se topan la muchacha y el animal, si la muchacha no tiene corrompido el corazón... ¡es Caperucita la que se come al lobo!

FIN DE LA COMEDIA

3,50 PESETAS

Imp. Juan Pueyo.—Madrid.